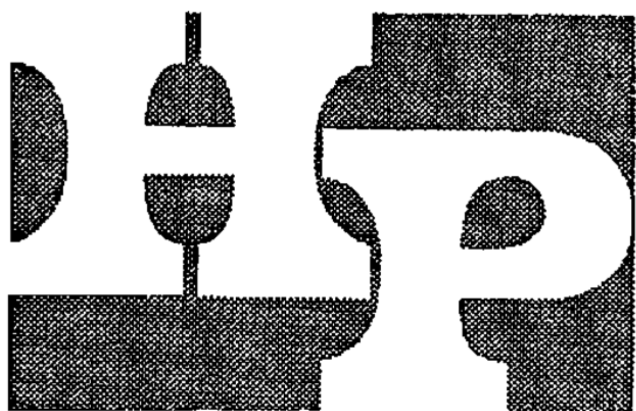


Silver Kane

EL ULTIMO DESEO DE JOHNNY BURNS





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.348 — Los demonios del paraíso.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
666 —Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
714 — Las mironas.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
337 — Carrera salvaje.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:
807 — Vuestro amigo no os olvida.



Silver Kane

EL ULTIMO DESEO DE JOHNY BURNS

Coleccion
HEROES DE LA PRADERA n.º 339
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA , S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 16.589 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: junio, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El negocio iba viento en popa.

En las paredes del local había dibujos que representaban hermosas mujeres. Todos los dibujos menos tres estaban dedicados a eso: a figuras femeninas. Pero eran precisamente los tres dibujos que no representaban mujeres los que más llamaban la atención.

Un forastero los miraba atentamente. Dos más se le unieron enseguida.

Un camarero pasó con varias jarras de cerveza, que depositó sobre una mesa.

—Aquí tienen, señores. Bien fresca.

—Oiga… ¿qué representan esos dibujos?

—¿No lo ven? Son desafíos.

—Pero en ellos intervienen siempre los mismos hombres…

—En efecto, se trata de los tres desafíos más famosos que ha habido en Wichita. Nunca se enfrentaron dos tiradores de esa clase, y dudo que se vuelvan a enfrentar.

—¿Quiénes son?

—Clive Barton y Johnny Burns.

—¡No es posible!

—Los ha oído nombrar, ¿no?

—Claro… Como todo el mundo.

—No ha habido dos pistoleros más audaces y más rápidos en toda esta tierra.

—Pero ¿cómo fue posible que se desafiaran tres veces? ¿Es que no se mataron a la primera?

—No se mataron porque eran invencibles y porque uno debía tanto como el otro.

—A ver, explíquese.

—En el primer desafío —y el camarero señaló uno de los dibujos —, acaecido hace ya dos años, Johnny Burns fue una décima de

segundo más rápido que su enemigo. Pero quiso matarlo en plan de fantasía, desarmándolo primero. En efecto, consiguió herirle en un brazo. Vean el gesto de dolor de Clive Barton, fielmente reflejado en el dibujo. Pero cuando Johnny Burns lo tuvo a su merced, no quiso rematarlo. Dijo que él no servía para según qué cosas. Y quedaron desafiados para dos meses después.

El camarero pasó al segundo dibujo, como el guía que muestra los cuadros de un museo.

—En efecto, los dos comparecieron puntualmente a la cita —dijo —. Y entonces se produjo la misma situación, pero al revés. Fue Clive Barton el que hirió a Johnny Burns, exactamente en el mismo sitio en que había sido herido él. E igualmente se negó a rematarlo.

Los forasteros escuchaban aquello con insólita atención.

Como todos los habitantes del Oeste, pensaban que nada había tan emocionante y tan bueno para la salud como un desafío.

Uno de ellos preguntó:

—Y ya que habían quedado en paz, ¿qué acordaron entonces?

—Se equivoca al decir que quedaron en paz. Por el contrario, su litigio quedaba en pie. No acordaron fecha para el nuevo desafío, pero dijeron que ya se volverían a encontrar. Y, en efecto, aparecieron por aquí un año más tarde. Se encontraron casi en el mismo sitio, y con la misma expresión de odio en los ojos, Esta vez no iban a hacer florituras, iban a matar. Fueron tan rápidos que resultó imposible seguir el movimiento de sus manos. Y se alcanzaron los dos. Ya le he dicho que era imposible que dos tipos de esa categoría fallasen un tiro. Ambos cayeron con el pecho atravesado y resultó milagroso que no perdieran la vida. Estuvieron casi seis meses sin poder salir de una habitación del hospital.

Los forasteros asintieron pensativamente, con lentas cabezadas, como si fueran un solo hombre.

—¿Y ahora? —preguntó uno de ellos.

—Esos dos hombres no han vuelto a encontrarse, pero todo Wichita tiembla pensando en el momento en que eso vuelva a suceder. Tiembla y se regocija al mismo tiempo. Se han cruzado apuestas por valor de muchos miles de dólares a favor de uno y de otro. Será el espectáculo más emocionante y más sangriento que se ha podido dar en toda esta zona.

Uno de los forasteros murmuró:

—¿Cuál es la razón de que quieran matarse?

—La misma razón que hace que los pistoleros más famosos terminen enfrentándose inevitablemente unos con otros. Clive Barton dice que él es el mejor, y Johnny Burns sostiene lo mismo. Para defender su primacía, uno tiene que matar al otro. Además, se odian.

—¿Hay alguna razón especial?

—La rivalidad ya resulta suficiente. Pero hay además otra razón, y son los seis meses que cada uno de ellos hubo de pasar hospitalizado. Ni Burns ni Barton recordaban que el otro también estaba igual. Sólo pensaban en su propio sufrimiento. ¿Saben lo que son seis meses de inmovilidad para esos hombres acostumbrados a vivir a caballo y a cambiar de sitio continuamente? Barton sólo pensaba en matar a Burns, y Burns sólo pensaba en matar a Barton. Decían continuamente que en cuanto se echasen el ojo encima, se matarían sin advertirse ambos. Todo el mundo sabe que eso terminará ocurriendo. Y las apuestas suben y suben como la espuma; hay días en que no se habla de otra cosa.

Los forasteros vaciaron sus jarras de cerveza de un solo trago; era la costumbre de Wichita.

Luego uno de ellos, con los labios manchados de espuma, preguntó:

—¿A cuántos hombres ha matado Clive Branden?

—A siete.

—¡Diablo, la igualdad no puede ser mayor!

—Ya les he dicho que nunca se habrá visto un duelo más disputado y emocionante en Wichita.

—¿Y dónde están ahora esos hombres?

—Clive Barton no lejos de aquí…

En efecto, el joven estaba ahora en compañía de una mujer que le decía:

—Eres un desagradecido, Clive. Y empiezo a sospechar una cosa.

—¿Qué sospechas, nena?

—Que en Abilene te esperaba otra mujer.

—Pero ¿cómo puedes pensar eso?

—Tenías demasiada prisa por ir allí.

—¿Es que me crees capaz de…?

—Sí.

Clive Brandon se quedó cortado. Pensó: «Diablos, las mujeres lo adivinan todo…»

—¿Sabes qué, nena? Para convencerte de lo contrario vamos a darnos el beso de despedida.

—Yo te propongo algo mejor.

—¿Qué? —preguntó Clive, ilusionado, porque pensó que las cosas iban a ir más allá de los besos.

Y fueron más allá. ¡Mucho más allá!

—He pensado que deberíamos casarnos —dijo ella.

—¿Tú y yo?

—Claro que sí, Clive. Formamos la pareja ideal.

—¿Dónde has leído eso?

—En el Wichita Star. Decían allí que un hombre apasionado debe casarse siempre con una mujer apasionada.

—Pero… ¡pero si yo no quiero casarme!

—Conque no, ¿eh?

—No.

—Entonces, ¿por qué me besabas?

—Pues… porque tú me lo pedías. No me dejabas escapar.

—¿Qué yo te he pedido que me besases? ¡Habráse visto sinvergüenza!

—Pero… ¡pero, Margit…!

—Tú me has besado a la fuerza, canalla.

Y la mujer —que era más bien peso pesado que peso ligero— se arremangó, dispuesta a dar a Clive Barton lo que se merecía y lo que no se había merecido todavía.

En aquel momento un despierto muchacho llamado Jones entraba en el saloon Las Personas Formales.

Jones era empleado de la casa de postas y repartía las cartas traídas por las diligencias, aunque siempre con mucho retraso. Sólo se dejaba caer por el saloon a la hora en que actuaban las bailarinas, y entonces, con el pretexto del reparto, se quedaba a ver el espectáculo entero. Inútil es decir que el resto de la correspondencia se quedaba para ser repartido al día siguiente.

Pero aquella mañana entró muy agitado, blandiendo una carta.

—¡Eh, Burt!

Burt era el camarero que estaba explicando los dibujos a los forasteros. Se quedó de una pieza.

—¿Qué haces tú a estas horas, Jones?

—¿No lo ve? ¡Repartir! ¡Cumplir con mi obligación!

—¡Pero si tú solo cumples con tu obligación cuando bailan las chicas!

—Es que esta carta es muy urgente, Burt.

—Es la primera vez que veo que te fijas en si una carta es urgente o no. Al contrario, lo que hacías con las urgentes era dejarlas para el final.

Jones volvió a blandir el sobre.

—Es que usted no sabe lo que contiene esta carta, Burt.

—¡Claro que no lo sé! ¡No me has dejado leerla! ¿Y tú? ¿La has leído?

—No.

—Pues será la primera vez. Cuando llegó aquella carta para el viejo Fuller diciendo que le habían dejado heredero, te presentaste tú a cobrar la herencia.

—Fue una casualidad. Pero oiga, Burt, esta carta es distinta. No puede imaginar a quién va dirigida.

—Si no me lo dices…

—¡A Clive Barton!

—Bueno, eso no tiene nada de raro. A él le escribe bastante gente…

—Pero ¿no sabe quién es el remitente de ésta?

—¡Claro que no, imbécil!

—¡Es Johnny Burns!

El camarero se quedó helado.

Sus rodillas temblaron y de repente lanzó un grito gutural.

—¡Eh, muchachos! ¡Notición! ¡Johnny Burns ha escrito a Clive Barton!

Todos los que estaban en el saloon se volvieron como un solo hombre.

Varias bocas se abrieron cómicamente.

Más de una jarra de cerveza cayó al suelo y se hizo añicos.

Alguien gritó:

—¡Hurra! ¡Seguro que fija la fecha para el desafío!

—¡Tendremos follón!

Un jugador profesional gritó:

—¡Yo apuesto dos a uno por Clive Barton!

—¡Tú estás cegato, muchacho!

—¿Por qué?

—¡Porque con Clive, Johnny Burns no tiene ni para empezar!

—¡Eso lo dices tú!

—¡Tres a uno!

—¡Cuatro a uno!

—¡Estáis borrachos!

—¿Borracho yo? ¡A ver si te parto la cara!

—¡El que le parta la cara al hijo de mi madre no ha nacido aún, gusano!

—¿Gusano yo?

Y los dos apostadores fueron a atizarse, pero eso no hizo más que complicar las cosas.

Porque inmediatamente alguien empezó a apostar también por ellos.

—¡Dos a uno por Clarendon!

—¡Pues yo igualo, pero por Truman!

Y la cosa se iba a transformar en una especie de circo romano en día de gladiadores cuando el dueño del saloon gritó:

—¡Silencio! ¡Silencio, maldita sea! ¡Recuerdan que este local se llama las Personas Formales!

—¿Y a qué vienes con ésas? ¡El nombrecito se lo pusieron por equivocación!

—¡Anda y que te den un biberón, a ver si se te quita el mareo!

—¡Estáis todos locos, maldito sea el infierno! ¡No hay que ponerse a apostar antes de saber qué es lo que dice la carta!

Un repentino silencio se hizo en el local.

Alguien murmuró:

—Pues, aunque parezca mentira, tiene razón…

—Primero habrá que esperar a que esa carta la lea Clive Barton…

Y en aquel momento se oyó una voz en lo alto de la escalera que daba a los reservados.

—¿Quién habla de mí? ¿Qué es lo que tengo que leer?

Todos miraron hacia arriba.

Y vieron a un Clive Barton algo cambiado, porque llevaba un ojo a la funerala. Se lo habían dejado completamente morado.

Uno de los de abajo gritó:

—¡Dos a uno por la chica!

—¡Calla, carcamal!…

Clive Barton fue descendiendo poco a poco.

Jones le entregó la carta.

—Tome, para usted.

—¿De quién es?

—Dé Johnny Burns.

—¿Quéeee?

—Véalo por el remite usted mismo.

—¡Diablos! ¡Pero eso es inconcebible! ¡Ese tío nunca me había escrito! ¿Querrá matarme por carta?

—Lo que querrá es fijar una fecha para el desafío.

—Pues lo que yo estaba deseando.

Los rostros se animaron. Algunos tipos empezaron a frotarse las manos jubilosamente.

—A ver, a ver…

—Pero el desafío tiene que ser en Wichita, ¿eh? Nosotros tenemos la preferencia.

Clive rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel doblado. Tuvo que pedir que le hicieran sitio.

—Que no me dejáis ni respirar, muchachos…

Leyó la carta.

Y de pronto fue cambiando de color.

Primero se volvió amarillo.

Luego, verde.

Y cuando se iba a volver morado, alguien tuvo que sujetarle.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué dice ahí?

—Johnny Burns me pide… me pide una cosa muy extraña.

—Pero ¿el qué? ¿Qué dice ahí?

—¡Vamos, habla!

Clive tragó saliva, y al fin pudo balbucir:

—Me pide… ¡que me case con su viuda!

Y cayó, quedando sentado en las escaleras.

Porque no pudo ir más abajo.

CAPÍTULO II

La carta era relativamente breve. Clive Barton la había leído al menos diez veces y se la sabía de memoria. No obstante, mientras la diligencia traqueteaba por el camino desigual, siguiendo la línea de un arroyo, la extrajo de uno de sus bolsillos y la volvió a leer calmosamente:

> «Clive:
>
> »No sé cómo llamarte. Se me ocurren muchas cosas: "Enemigo", "maldito", "hijo de zorra" y mil lindezas más por el estilo, que además es como supongo me llamarías tú a mí. Pero como no puedo perder el tiempo, te llamaré sencillamente por tu nombre.
>
> »Pues bien, Clive, cuando recibas esta carta, yo ya habré muerto. Estoy gravemente enfermo y los médicos me han dicho que viviré como máximo un par de días más. No me lo ha dicho uno, sino varios, y ya sabes que esa especie de buitres, cuando se reúnen, no se equivocan.
>
> »Debo, aclararte algo. Durante mi larga convalecencia, después del balazo que me regalaste y que estuvo a punto de costarme la vida, hice amistad con una mujer que me cuidó. Al principio fue sólo eso: simple amistad. Luego ese sentimiento se transformó en algo más profundo, y al fin nos casamos. Tú no podrás comprender eso: ¡Johnny Burns casado! ¡No es posible! Pues bien, sí que lo es. Y, además, fíjate qué cosa tan extraña, he sido feliz. Mi mujer es de lo mejorcito que corre por esta tierra.
>
> »La, suerte me acompañó, y poco después de casarme descubrí una mina en Nevada. Tú no sabes qué

tierra es ésta, ni hace falta que te lo cuente. Ya lo verás si vienes. Lo único que quiero advertirte, por si acaso, es que traigas dos revólveres en lugar de uno.

»Bien… He de confesarte que ahora me hallo en una situación trágica y ridícula a la vez. Mi mina la codicia bastante gente, de modo que apenas estire la pata, y cuando mi cuerpo todavía no haya hallado la postura común en el ataúd, estoy seguro de que se apoderarán de ella y, lo que es peor, ultrajarán a mi mujer en cualquier lugar de vicio de los que infestan esta ciudad, Carson City.

»Necesito, por tanto, pedir ayuda, pero no sé a quién. Podría ofrecer a un pistolero la mitad de la mina a cambio de proteger a mi mujer y el resto de la propiedad, pero ¿quién me dice que no se quedaría luego con todo, señora incluida? Y es que aquí, muchacho, no hay quien se pueda fiar de nadie.

»Por eso recurro a ti, que no tienes más que una sola virtud: ser un hombre de honor. Si haces una cosa mala, la haces cara a cara, jamás por la espalda. Y he de confiar en que no me harás traición sabiendo que yo no puedo defenderme desde la tumba.

»Lo, que te propongo es que defiendas a mi viuda; pero como no es justo que te quedes sin recompensa, puedes casarte con ella y así, además, la mina llegará a ser tuya, aparte de que Marian siempre contará con una protección no tan buena como la mía, claro (¡ejem!), pero sí bastante pasable.

»Te aseguro que la mina vale mucho, y la viuda no está nada mal tampoco. No rompas esta carta sin atender a mi ruego. Al menos ven a Carson City y comprueba lo que te digo. ¿Qué puedes perder tú con eso? ¿Hacer un viaje inútil? ¡Has hecho tantos en tu vida!

»Inútil es que te diga que al pedirte esto sólo pienso en una cosa: en el porvenir de una pobre mujer que va a quedar sola en la tierra más peligrosa del mundo.

»Y aquí viene una despedida que esta vez es

definitiva, muchacho. Porque nunca más nos volveremos a ver. No quiero ni que se te ocurra venir a rezar a mi tumba, ya que deseo estar tranquilo una vez haya estirado la pata.

»Y ahora, adiós. Lo mejor que te deseo es que se te rompa una pierna. Ahí te pudras».

Y firmaba: «Johnny Burns».

Clive dobló la carta lentamente y volvió a guardarla.

La letra de Johnny era auténtica, pues él la conocía. Además, temblaba bastante en las últimas líneas, señal evidente de que su pulso no estaba firme cuando la escribió.

¿Y qué decir del lenguaje? Porque aquello era más auténtico aún. Así hablaba y así escribía Johnny Burns.

Clive Barton dejó que su mirada vagara por el paisaje.

Desde que habían entrado en Nevada, todo era árido y seco. Menos mal que estaban en otoño y el calor no resultaba demasiado intenso. Sobre todo, al anochecer, un viento gélido que llegaba de las Rocosas ponía los pelos de punta.

Sólo yucas, mezquites y cactos se alzaban.

No había otra clase de vegetación, aunque la tierra no era mala en algunas zonas. Pero allí todo el mundo iba para hacer el dinero rápido de los buscadores de fortuna, no el dinero lento de los agricultores. El subsuelo de Nevada había adquirido fama de ser una bendición; allí nadie labraba, sino que todo el mundo se dedicaba a hacer agujeros.

Clive no había estado nunca en Carson City.

Le habían hablado mucho de la turbulenta ciudad, y ya tenía ganas de conocerla. Pero la verdad era que nunca hubiese imaginado que fuera aquello.

El mayoral gritó de repente:

—¡Señoreeees!… ¡Carson Ciiiity!

Clive asomó un momento la cabeza por la ventanilla.

—¿Cómo? —masculló—. ¿Qué es esto?

No se veía ninguna ciudad, sino tiendas y más tiendas de campaña, en torno a las cuales jugaban algunos chiquillos. Bastantes mujeres tendían ropa, y algunos sujetos de aspecto patibulario deambulaban de aquí para allá. También se veían algunos barracones de madera, cocinas de campaña y carromatos

convertidos en tiendas, donde se vendía toda clase de alimentos.

Lo que era Carson City durante el rush de la plata, poco después de la guerra civil, sólo podía imaginarlo el que hubiera estado allí. Clive Barton se sentía asombrado.

Por lo que veía, la verdadera ciudad estaba rodeada por una especie de campamento gigante que parecía sitiarla.

Más allá empezaban a verse algunas construcciones de madera, evidentemente provisionales, y donde se leían los más diversos rótulos: «Barbero», «Bebidas», «Armería», «Funeraria», «Embalsamador de cadáveres. ¡Quedan nuevos!».

Dejaron atrás aquello y de pronto desembocaron en una calle larga, ancha, donde había edificios estables y sólidos —algunos de ellos, incluso realmente hermosos— y donde abundaban los establecimientos de más categoría, sobre todo los saloons.

Aquello era la auténtica Carson City.

La diligencia se detuvo traqueteando ante un edificio en el cruce de cuatro calles.

—¡Ya hemos llegado! ¡Abajo, señores!… ¡El paseo ha terminado!

—Menudo paseo… —masculló Clive.

Le dolían todos los huesos.

Y menos mal que no había hecho calor, porque aquel viaje, en verano, hubiese resultado insoportable.

Se apeó y miró en torno suyo.

Había hecho bien Johnny Burns en advertirle, porque todos los tipos que se veían por allí eran de cuidado. Y eso que Clive había estado viendo lo peorcito desde que nació.

Allí nadie le conocía y nadie le prestaba atención.

Mejor.

El joven cargó con su maletín y se dirigió a lo largo de la calle principal hacia un hotel que tuviera buen aspecto.

La diligencia —como casi siempre ocurría— le había dejado no lejos de uno de ellos. Era un edificio muy coquetón, pintado de rosa y blanco, y en el cual un largo letrero anunciaba: «Hotel de los Mineros».

Debajo, otro más pequeño decía: «No se admiten mineros».

Clive se detuvo ante el porche, dejó el maletín en el suelo y se rascó una Oreja.

Pensó que cuando los que hurgaban en la tierra eran pocos y

relativamente presentables, aquel hotel debió ofrecerles acomodo. Pero cuando empezaron a llegar manadas de tipos de mala catadura, el dueño de aquel edificio ya no los admitió, pese a lo cual seguía conservando el nombre.

Contrasentidos de la vida.

Casi enfrente del hotel había un saloon donde entraba y salía bastante gente, y en el que se oían canciones y música. Por lo visto, allí había «servicio continuado» en materia de diversiones. Todo el ambiente estaba lleno de animación.

Clive Barton se acercó al *comptoir* de recepción.

—Quisiera una habitación —dijo.

—¿Para usted solo?

—No. También para mi caballo.

—Bueno, no hay inconveniente. Si el caballo duerme en la misma cama que usted, le cobraremos habitación sencilla.

Clive rió.

—¿Siempre tienen ganas de bromear aquí?

—Mire, amigo, cuando en esta ciudad había dos muertos al día, llorábamos; cuando empezó a haber ocho o diez, nos lo tomamos con indiferencia, y ahora, que hay más de veinte, nos reímos, porque de lo contrario acabaríamos locos. Bien, aquí tiene su llave… Es la habitación número doce.

Le tendió el libro para que firmase.

Clive, durante el viaje, había tratado de informarse acerca de la viuda de Johnny Burns, pero sus esfuerzos no se vieron coronados por el éxito. Lo único que pudo averiguar fue su apellido: Percival.

Por eso, después de firmar, susurró:

—Busco a una señora llamada Percival.

—Caramba… ¡como todo el mundo!

—¿Qué quiere decir eso de todo el mundo?

—Que no hay nadie a quien no le guste.

Clive hizo una mueca.

La verdad era que Johnny Burns le había advertido que perseguirían a su viuda, pero no pensaba que fuera tanto.

—¿Y… sabe dónde puedo encontrarla?

—No tiene que ir muy lejos.

—¿Es que vive en el hotel?

—¡Qué va! Está ahí enfrente.

Y le señalaba el saloon que se distinguía más allá de la puerta.
Clive se quedó amarillo.
—Oiga…
—¿Qué, amigo?
—¿Sabe si murió un tipo llamado Johnny Burns?
—¿Johnny Burns? Claro… Era un elemento de cuidado. A poco de llegar aquí mató a dos hombres. Pero la diñó hace poco. Y no a causa de un balazo, que hubiera sido lo natural, sino a causa de una enfermedad. ¡Pobre muchacho! ¡Debe ser terrible morir en la cama!
Clive murmuró:
—Espantoso.
Dejó el maletín sobre el *comptoir*, salió del hotel y atravesó la calle, mirando hacia el saloon.
Su rostro iba pasando del color amarillo al terroso.
Musitó:
—¡Diablos, pues es verdad!…
Un gran dibujo en el que antes no había reparado ocupaba buena parte de la fachada, junto a la puerta.
En él aparecía, reproducida, una mujer vestida de negro. Todo era negro en ella excepto tres cosas: la maravillosa cabellera pelirroja, la cara, que se adivinaba de piel finísima, y el generoso sector de piernas que mostraba por encima de las medias.
Era una mujer como para tumbarle a uno de espaldas, al menos por lo que indicaba el dibujo.
Y debajo estaba el nombre:

M. PERCIVAL
El terremoto de Nevada. La locura de Carson City.
Dos únicas actuaciones al día.

Clive Barton volvió a acariciarse el lóbulo de una oreja.
—Infiernos… —musitó—. Infiernos…
La verdad era que Johnny Burns no fue un dechado de virtudes, pero tampoco merecía una cosa así. Su cuerpo aún debía estar caliente y ya su amante mujercita se exhibía en un saloon, vestida, además, con ropas de luto, lo que ya era el colmo. ¿Y a una «señora» así tenía que proteger él?
Vio que entraba muchísima gente en el local y que algunos consultaban su reloj.

Debía ser algo importante, algo que tenía lugar precisamente a una determinada hora.

¿La actuación de Marian Percival?

Por si acaso, Clive decidió entrar también.

En el momento en que él puso los pies en el saloon, las cortinillas del escenario se corrían. Y sobre el tablado apareció la mujer del dibujo, o, mejor dicho, una mujer mucho más rutilante que lo que el dibujo mostraba.

Era sensacional.

Vestía de luto, lo cual la hacía parecer más alta y tentadora. Además, la combinación entre sus severas ropas y su frivolidad, resultaba terriblemente excitante. Su larga cabellera pelirroja parecía una llama.

Todo el mundo empezó a aplaudir y a aullar. Antes de que empezase el número.

Lo primero que hizo la mujer fue alzar su falda para bailar con más comodidad.

Sus piernas eran de tal categoría que Clive tuvo que apoyarse en la barra.

La mujer entonó una canción. Decía no sé qué de que se le había hecho una carrera en la media.

La mayor parte de los espectadores estaban embelesados. Había uno que, en lugar de beber su cerveza, la estaba derramando sobre el cogote de un vecino, que tampoco se daba cuenta. Otro se hallaba de rodillas sobre la barra para ver mejor. Uno de los camareros, a pesar de que ya debía estar acostumbrado, había dejado la espita de la cerveza abierta y el espumoso líquido se derramaba sobre una jarra que ya hubiera debido estar llena cien veces.

Clive Barton reconocía que aquella mujer era de campeonato. Con gusto se hubiera puesto a chillar de entusiasmo él también.

Pero, por otro lado, aquel espectáculo le daba asco y pena. Hacía muy pocos días que Johnny Burns estaba muerto. ¡Y su mujer, exhibiéndose de aquella manera…!

El espectáculo terminó.

El público pedía y volvía a pedir que se repitiese, por lo que la bailarina no tuvo más remedio que acceder. Un verdadero aullido se elevó cuando ella, para alzarse la falda otra vez, adelantó la pierna

derecha y la apoyó sobre la tapa del piano.

Un tipo que estaba junto a Clive tenía la boca abierta. Se le caía la baba.

Clive murmuró:

—Oiga, amigo.

—Déjeme ver, no me interrumpa…

—No, no… Sólo lo digo para que cierre la boca. Si la tiene abierta así, va a pillar un resfriado.

El otro le miró.

—También le gusta la chica, ¿eh?

—Mucho, pero quisiera saber por qué actúa por la mañana.

—Sólo hace dos actuaciones. Por la mañana y por la noche. Así el saloon está lleno siempre, porque por la tarde actúan otras bailarinas que tampoco son cojas. Hay una rubia que…

Alguien preguntó detrás del hombre de la boca abierta:

—¿Qué…?

Era una mujerona de unos cuarenta años y que al menos pesaba cien kilos. Al tipejo se le cerró la boca de golpe.

—Yo… Yo… vengo solo por la música…

—¡Ya te daré yo música a ti! ¡Arrea!

—Mujer… La cerveza aquí es muy buena…

—¡Pero si es la misma cerveza que fabricas tú, imbécil, y sabes perfectamente que no hay quien la beba!

Se oyó un costalazo tremendo.

El tipo, lanzando aullidos, salió del saloon mientras su mujer levantaba la mano de nuevo.

El baile de la diosa pelirroja había terminado mientras tanto. Ahora renacía la calma.

Clive se dirigió, no sin esfuerzo, a una puertecilla que suponía daba a los camerinos. En ella montaba guardia un hombre.

—No se puede pasar.

—¿Por qué?

—Está reservado a los artistas.

—Pues hace un momento he visto entrar a un tipo con un gran ramo de flores…

—Era uno de los hombres de Kendall.

—¿Es que Kendall tiene reservado en exclusiva esto?

—¡Sí!

La actitud del fulano era agresiva. Clive miró de soslayo y vio al *sheriff* por allí cerca. No le convenía armar escándalo a los pocos momentos de su llegada.

Deslizó un billete de a cinco dólares en la mano del otro.

—Mire, amigo, yo soy pariente de la señora Percival. Tengo que hablar con ella. No crea que trato de cortejarla.

—Es que, si lo intentase, le saldría mal.

—¿Kendall la quiere tener en exclusiva?

—Ahora veo que empieza a entenderme.

—Le prometo que no buscaré jaleos.

—De acuerdo, pase. Pero si le dan una paliza, sepa que es por su cuenta y riesgo.

—No lo olvidaré.

Clive pasó.

Había un largo corredor con puertas a ambos lados. En la del final se veía a dos hombres, uno de los cuales llevaba un gran ramo de flores.

Era el mismo al que Clive había distinguido momentos antes.

Aquel hombre gritó:

—¡Date prisa, nena! ¿Es que no podemos entrar?

—¡Me estoy cambiando!

—¡Kendall te envía un ramo de flores!

—¡Pues que se lo guarde! ¡Yo le pedí un collar de perlas!

—Todo llegará, preciosa.

Y uno de los hombres empezó a empujar la puerta.

Clive se aproximó entonces.

—Buenos días, caballeros.

Los otros le miraron como si no acabaran de dar crédito a sus ojos.

—¿Quién le ha dejado pasar?

—Necesito ver a la señora Percival.

—Nosotros también.

—Lo mío es un asunto personal e importante.

—Aquí lo único importante es lo que Kendall quiere o deja de querer. De modo que lárguese.

—Pero…

—¡Lárguese antes de que le partamos la cara!

Clive Barton nunca había tolerado que le hablasen en aquel

tono. De modo que, aunque por el momento no quería bronca, su rostro empezó a ponerse encarnado.

—Les advierto que vengo en son de paz…

—Peor para ti.

Uno de los dos hombres, el que no tenía el ramo de flores, fue a mover el puño derecho.

No llegó a moverlo del todo. Clive Barton le clavó un corto al estómago y un gancho terrible al mentón. El individuo se desplomó con los brazos abiertos.

El del ramo de flores fue a moverse. Se inclinó hacia adelante.

Un cruzado al pómulo le envió contra la pared. Y un golpe de canto en la nuca lo dejó para el arrastre.

Todo había durado menos de diez segundos.

El joven recogió el ramo de flores, que había caído al suelo, y entró en el camerino.

La tentadora pelirroja se estaba cambiando, en efecto. No llevaba encima más que una levísima combinación.

Lanzó una breve exclamación, hizo un gesto de furor muy femenino y se dispuso a propinar una bofetada a Clive Barton.

Pero fue éste el que movió la mano derecha.

Se oyó un seco chasquido y la mujer cayó sobre el diván del camerino, gimiendo.

CAPÍTULO III

Ella le miró con los ojos desorbitados. En su rostro se dibujaba una expresión de brutal sorpresa.

—¿Quién eres? —balbució.

Clive no contestó.

Sólo dijo lentamente, masticando las sílabas:

—Puerca…

Ella desencajó los ojos más aún.

Sus dedos temblaban.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar—. ¿A qué has venido?

—Me llamo Clive Barton.

—No te conozco.

—En cambio conocías muy bien a Johnny Burns.

—Claro…

—Merecerías que te partiese de verdad la cara.

Ella había recobrado parte de su aplomo. Se irguió.

—¿Por qué?

—Aún está caliente el cadáver de tu marido y tú ya te exhibes como una zorra.

—¿Mi marido? ¿Qué marido?

Clive se mordió el labio inferior.

—Es conmovedor que lo hayas olvidado tan pronto. Así da gusto morirse, la verdad.

—No te referirás a Johnny Burns…

—¿A quién si no?

—Ése no era mi marido.

Clive parpadeó tres veces seguidas.

—¿Qué no?…

—Yo no soy Marian Percival.

—Pues en la puerta estaba bien anunciado.

—Yo soy Mónica Percival.

Ahora Clive sintió como si se le hubiera formado un nudo en la garganta.

¡Diablos, la había hecho buena!

Ahora recordaba que en el cartel anunciador no estaba el nombre completo, sino sólo la inicial, la letra «M». Que, en efecto, correspondía a Marian, pero también a Mónica.

—De modo que eres… la hermana de Marian.

—Ajajá.

—¿Y por qué llevas luto?

—Pues porque Johnny era mi cuñado. ¿O es que por un cuñado no hay que guardar luto ni un día?

Clive balbució:

—Lo… lo siento.

—No lo sientas tanto, muchacho. Total, vamos a quedar en paz…

Y ella movió a su vez la mano derecha, propinando a Clive tal guantazo que lo dejó sentado.

El joven se llevó la mano a la cara.

—Oye… ¿sabes que ni los hombres pegan tan fuerte?

—Estoy acostumbrada a regalar bofetadas, muchacho.

—Bueno, teniendo en cuenta que he metido la pata, no puedo quejarme… ¿Y puede saberse dónde está tu hermana?

—Ah, la pobre Marian…

—¿Desconsolada?

—Ujú.

—Quisiera verla.

—Podrás hacerlo si me acompañas. Vivimos juntas. Pero ¿para qué quieres hablar con ella?

—Es un encargo de su difunto marido.

—¿Eras su amigo?

Clive Barton se puso en pie y sonrió nostálgicamente mientras murmuraba:

—En eso te equivocas, muchacha. Era su peor enemigo…

Mónica Percival se tensó las medias con un gesto mecánico, exento de coquetería, y dejando caer la falda, murmuró:

—Vámonos.

Salieron del camerino.

No se veía ya ni rastro del tipo de las flores ni de su derrotado

compañero. Sin duda, habían escapado por piernas al ver que la cosa se ponía mal.

Clive murmuró:

—Antes he tenido que dejar aquí tendidos a dos caballeretes.

—Sí, ya he oído los ruidos.

—¿Quiénes eran?

—Hombres de Kendall. No me dejan en paz.

—¿Quién es Kendall?

—Un admirador mío y al mismo tiempo uno de los hombres más ricos de la ciudad.

—¿Por qué no te casas con él?

Ella le miró agresivamente.

—¿Es que tengo obligación de hacerlo?

—No. Yo sólo preguntaba…

—Kendall no me gusta. Tiene ya cincuenta años.

—Lo comprendo. Además, una mujer como tú puede llegar a donde quiera sin necesidad de tener un marido rico.

—Eso mismo es lo que yo digo, pero él no me cree.

Salieron al exterior.

Pese a ser la primera hora de la tarde, el tiempo había cambiado de repente. No se veía a dos pasos. Una niebla cubría enteramente la ciudad.

Clive masculló:

—Pero ¿qué es esto?

—Se ve que no conoces el clima de Carson City.

—No, no había estado nunca aquí.

—Normalmente, las Montañas Rocosas impiden que la niebla y la humedad lleguen a esta parte de Nevada. Pero a veces, durante esta época del año, el viento cambia y la niebla lo invade todo. Es una época muy peligrosa porque a cualquiera pueden matarle por la espalda…

No había terminado de hablar cuando, de repente, Clive Barton dio un extraño salto.

Pareció como si le hubiera movido un resorte. Su gesto fue tan rápido que Mónica no pudo seguirlo con los ojos.

Sonó un disparo.

El hombre que estaba agazapado tras un barril, con el rifle preparado, dio un extraño salto. Su arma voló por los aires y

pareció como si él quisiera seguirla.

Una mancha roja se había formado en su camisa, a la altura del corazón.

Cayó al fin, empujando el barril, y el agua de éste se derramó sobre su cuerpo sin vida.

Clive Barton sostuvo en la derecha el revólver humeante, mientras dirigía una rápida ojeada en torno suyo.

—Pero ¿qué es eso? —susurró Mónica—. ¿Qué ocurre?

—Ese tipo me estaba apuntando desde detrás del barril. Tenías razón al decir que la niebla es peligrosa.

—Pero ¿cómo has sabido que venía contra ti?

—Era el que antes llevaba el ramo de flores. Me parece que la cuestión ofrecía muy pocas dudas.

Ella le miró con asombro.

—Oye… ¿sabes que tiras como un demonio?

—Fue la única cosa que me enseñaron en la escuela.

En aquel momento, una voz dijo frente a él:

—Pues ahora demostrarás si lo aprendiste bien…

Clive desvió la mirada y pudo distinguir a un hombre que se había detenido a unos seis pasos.

Se le veía bien a pesar de la niebla. A doce o quince pasos no hubiera sido posible hacer un desafío, pero sí a la distancia a que se encontraban.

Era un tipo alto, patizambo, de brazos largos y ligeramente arqueados.

Vestía de negro y llevaba dos revólveres.

Lo que aquel tipo deseaba, estaba fuera de toda duda. Clive se puso en guardia.

—Has sido muy rápido con mi amigo —dijo el individuo—, pero él era un inexperto. Veremos si conmigo te luces tanto…

Mónica silabeó:

—Cuidado. Es un hombre de Kendall…

—Lo he dado por descontado desde el primer momento. Y supongo que los dos tipos a los que tumbé habrán ido a avisarle a toda prisa.

El hombre vestido de negro estaba quieto, manteniendo la distancia de seis pasos.

—¿Me conoces? —murmuró.

—Sí. Te llamas Lurs.

—En cambio, tu nombre aún no lo has dicho…

—Me llamo Clive Barton.

—No te he oído nombrar nunca.

—Es la primera vez que pongo los pies en Carson City.

—Pero, no obstante, a mí sí que me habías oído nombrar… —dijo Lurs, orgullosamente.

—Sí.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué tengo que hacer, según tú…?

—Rezar, muchacho…

Clive Barton se dio cuenta de que no tenía un segundo que perder.

Había oído nombrar a Lurs y sabía que éste era muy rápido con el revólver. La más mínima vacilación, el más leve error, le costarían a Clive la vida.

Empleó su táctica habitual: mantener el cuerpo rígido como un poste. Fiarlo todo a la rapidez de la muñeca.

El disparo rasgó la capa gris de la niebla.

Lurs, que sólo había tenido tiempo para poner el revólver en línea de tiro, sin llegar a apretar el gatillo, sintió un duro choque en la frente.

Sabía lo que era, aunque no lo había sentido nunca. Lo había visto demasiadas veces en la cara de sus enemigos para poder ignorarlo.

Una expresión de terrible asombro se dibujó en su rostro.

A sí mismo se consideraba invencible. No podía creer que alguien hubiera conseguido matarle con aquella facilidad, sin más que un leve movimiento de muñeca.

Lanzó un gruñido y cayó hacia atrás, quedando espantosamente quieto sobre el polvo.

Clive guardó el revólver.

Sus facciones estaban impasibles. Parecían talladas en piedra.

—¡No sabes lo que has hecho!… —farfulló Mónica—. ¡Ése era uno de los hombres de confianza de Kendall!

—No tenía más remedio que obrar de este modo.

—¡Pero ahora Kendall no parará hasta que te mate! ¡Y él es uno de los amos de Carson City!

—¿A qué se dedica ese tipo?

—A lo mismo que todos los millonarios. Tiene minas.

—Pues que vaya con cuidado porque a lo peor le entierran en una de ellas…

Dirigió una última mirada a los cadáveres y echó a andar tranquilamente entre la niebla.

Mónica le siguió.

Parecía asombrada.

—Oye… pero ¿tú qué clase de tipo eres?

—Ya te lo he dicho: el peor enemigo de Johnny.

—¿Te desafiaste con él?

—Tres veces.

—¿Y cómo es que sigues vivo?

—Porque Johnny y yo sabíamos los mismos trucos. Resultaba muy difícil que uno venciera al otro.

Avanzaban por una calle no muy ancha, paralela a la calle principal, y en la que la niebla imperaba casi por completo. Apenas se distinguía nada, excepto los letreros que había en algunos portales. Las Chicas alegres, el hotel de las Delicias.

—Pero ¿qué diablos es esto? —mascullό Clive.

—Tú no conoces Carson City, claro.

—Ya te he dicho que nunca había estado aquí.

—Ésta es una ciudad muy rica, pero también muy viciosa.

—Ya lo veo.

—El oro corre en abundancia. Y hay aquí bastantes desgraciadas que…

—… que se forran de billetes, ¿no?

—Son despreciables.

—Vamos, larguémonos de aquí.

—No me gusta pasar por esta calle.

—Lo comprendo —dijo Clive—. He tenido yo la culpa; perdona.

Salieron de ella.

A continuación, venía una serie de callejones que no parecían tener orden ni estar trazados de acuerdo con ningún plan. Todo eran entrantes, salientes, esquinas sórdidas y enormes puertas tras las cuales parecía no vivir nadie. Clive Barton se dio cuenta de que aquello eran almacenes. En casi todos imperaba la oscuridad.

—¿Es que en Carson City todo el mundo construye como le da la

gana? —preguntó.

—¿Lo dices por esto?

—Claro que sí. Es un laberinto…

—Carson City es una ciudad que ha crecido demasiado aprisa. Todo el mundo se preocupa de hacer dinero, y cuando lo ha hecho, abandona su casa y sus almacenes. Yo supongo que cuando la plata se acabe, todo esto también desaparecerá.

De pronto, la muchacha se llevó la mano al pecho.

Dio la sensación de que la había alcanzado un balazo. Clive pensó que, por una especie de milagro, no había oído aún el disparo y que lo oiría segundos después.

Pero no había nada de eso.

Simplemente, la muchacha había vacilado a causa de algo interno, no porque hubiera ido atacada desde el exterior.

Se llevaba las manos al corazón.

Clive, que iba un poco adelantado, corrió hacia ella y la sostuvo en sus brazos.

—Mónica… ¿qué te ocurre?

—Nada… Sólo necesito… descansar…

Estaban solos, envueltos por la niebla. Clive la tendió en la entrada de uno de los almacenes.

—Voy a llamar a un médico…

—No te preocupes, no es nada. Esto… pasará.

Clive la observó con atención.

La muchacha se había puesto muy pálida y respiraba con gran dificultad.

Durante unos momentos angustiosos pensó que ella iba a morir y que él estaba allí haciendo el idiota, sin moverse ni correr en busca de un médico. Pero poco a poco el color fue volviendo a las facciones de Mónica, y ella respiró con más normalidad.

—Creo… que ya está pasando.

—Pero ¿qué te sucede?

—Es el corazón. No lo tengo muy bien.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—No se puede elegir demasiado en Carson City. Los que hay aquí sólo entienden de balazos y de cuchilladas… Pero una vez estuve en San Francisco, y un especialista me dijo que estaba mal. Que debía hacer mucho reposo.

—Y, en cambio, estás actuando de bailarina…

—Ya habrás visto que me muevo poco. Nunca llego a fatigarme.

—Eso es cierto.

—Lo que me acaba de ocurrir no me ocurre con frecuencia. Es… un accidente.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Precisamente a casa íbamos.

—Es cierto… Hace poco me lo has dicho. Tú vives con tu hermana Marian.

Clive la ayudó a ponerse en pie, pero sin que de sus facciones se borrara una mueca de preocupación.

No entendía mucho de aquellas cosas, pero siempre había oído decir que las dolencias del corazón le dejan a uno seco sin que se entere.

Sin embargo, Mónica parecía ir encontrándose mejor.

Salieron de aquel laberinto de callejas y se hallaron en una calle larga, tranquila, más ancha que las otras de la ciudad, y donde se alineaban una serie de casas limpias y acogedoras, que no se parecían en nada a las otras de Carson City.

—Es allí.

Mónica señalaba una de las casas más cercanas. Extrajo un llavín de su bolso y trató de abrir, pero su pulso era demasiado inseguro. Tuvo que hacerlo Clive.

Vieron un vestíbulo amueblado con gusto, aunque sin lujo. No se distinguía a nadie.

—¿Y tu hermana Marian?

—Debe haber salido un momento. Es ella la que cuida de la casa y hace las compras.

—¿Tienes licores?

—Sí… En aquel armario hay una botella de *brandy*.

—Te serviré una copa.

Tendió a Mónica en el diván y buscó la botella, vertiendo en una copa un generoso chorro.

—Toma, bebe.

—Ya me siento mejor…

—Pero esto te ayudará.

Mónica vació la copa poco a poco y el color volvió definitivamente a su rostro.

—¿Necesitas algo más?

—No… Nada.

—Si quieres, avisaré a un médico.

—No hace falta. Ya me siento mucho mejor. Pero tú me has dicho que tenías interés en conocer a Marian…

—Para eso he venido a Carson City.

—No debe estar ahora en casa, pero tampoco puede tardar. La niebla la pone nerviosa y la asusta. Seguro que, si está comprando, regresará enseguida. ¿Dices que conocías a Johnny?

—Mucho.

—Si mientras esperas quieres ver la habitación donde murió, puedes seguir por ese pasillo y abrir la última puerta a la izquierda. Era su dormitorio.

—Gracias.

Clive decidió alejarse de la presencia de la tentadora mujer y hacer lo que ella le sugería.

Fue por el pasillo, abrió la última puerta a la izquierda y se encontró con una habitación oscura donde apenas se distinguían los relieves de los muebles.

Pero lo que sí distinguió más claramente fueron los relieves de una mujer.

Una mujer joven y bonita.

A su lado, una voz dulce susurró:

—Oh, Bill…

Y unos brazos se enroscaron en torno a su cuello.

CAPÍTULO IV

Ciñó por la cintura a la desconocida, que a juzgar por sus relieves era una auténtica reina.

Notó enseguida, en el cuerpo de la mujer, una reacción de asombro.

Aquel cuerpo túrgido, joven, se apartó de él.

Una mano voló por los aires.

Y Clive recibió una bofetada que hubiera sido capaz de tumbar al marido de la elefanta.

Con la mano en la mejilla, susurró:

—Di… diablos.

—¡Tú no eres Bill!

—Claro que no soy Bill…

—Pero, entonces…

—Yo aprovechaba la ocasión —murmuró Clive—. Pensaba decir que era un error, naturalmente… Pero pensaba decirlo luego.

—¡Granuja!

Una mano movió la cortinilla de la ventana. Y a pesar de que la niebla seguía envolviéndolo todo, penetró la suficiente claridad para que se pudiesen ver las caras.

La mujer, desde luego, parecía no recordar que estaba en ropa interior. De lo contrario, no hubiese levantado la cortinilla con tanta premura.

Era joven como Mónica, y todavía más tentadora que Mónica. Su cuerpo resultaba más perfecto, mejor diseñado aún. Tenía los labios muy rojos, y las piernas también resultaban de campeonato. La diferencia fundamental estribaba en sus cabellos, que en ésta eran negros.

Clive abrió unos ojos como platos.

Luego pudo recobrar la serenidad y farfulló:

—Usted debe ser Marian Percival…

—Claro que sí…

—Mi pésame, señora.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Me da el pésame por llamarme Marian Percival?

—No, señora. Se lo doy por la muerte de su marido.

—Pero ¿cómo se entiende? ¿Tiene la cara dura de decirme eso después de tratar de besarme en la boca?

—Es que… Bueno, me temo que aquí ha habido una confusión. Y no he sido yo el único en cometerla. Usted me abrazó primero, y entre la oscuridad, yo… pues…

—Quiso aprovecharse.

—Trate de comprenderme… Uno está acostumbrado a tener éxito y…

—Creo que voy a darle con el zapato —dijo agresivamente ella, mirándose los pies.

Y entonces se dio cuenta de la situación de sus piernas. Y vio que sólo llevaba la ropa interior.

Lanzó un gritito y se cubrió inmediatamente con la colcha de la cama.

—No se asuste —musitó Clive—. Crea que soy el primero en lamentar lo que ha ocurrido. ¿Quién es Bill?

—Mi hermano.

—¿De usted y de Mónica?

—¡Pues claro que sí! Y tenía que llegar de un momento a otro para darme el pésame. Por eso creí que era él. Y pensaba besarle en la mejilla.

—Siento haberla decepcionado. Yo soy Clive Barton.

—Ese nombre me suena.

—Supongo que Johnny… es decir, su marido, lo pronunció alguna vez.

—Sí. Ahora lo recuerdo.

—No éramos lo que se dice amigos.

—Usted fue el canalla que… estuvo a punto de matarle.

—Si eso ha de servirle de consuelo, le diré que Johnny también fue el canalla que estuvo a punto de matarme a mí.

—¿Y a qué ha venido?

—Él me llamó.

—¿Qué él… le llamó?

Clive extrajo la carta de uno de sus bolsillos.

—Creo que sería una tontería guardar este secreto con usted —dijo—. Verá… Johnny la quería mucho y estaba preocupado por su porvenir. Ésta es una mala tierra y yo, modestia aparte, soy un pistolero que tira rápido. Puedo garantizar la seguridad de cualquier mujer.

—No acabo de entenderle.

—Ésta es la carta que Johnny me dirigió poco antes de morir. En ella se explica todo perfectamente.

Marian la tomó entre sus dedos y la desdobló.

Sus labios temblaron un momento, mientras leía aquella carta póstuma.

—Pobre Johnny… —susurró al fin—. Nunca pensé que llegara a quererme tanto.

Clive tragó saliva.

—¿Usted… ha leído bien la carta?

—Desde luego.

—Es que… bueno, no sé si se ha fijado. Dice algo… de usted y de mí.

—Claro que me he fijado. Pero no sueñe usted, señor Barton. Yo no pienso casarme. ¡No pienso casarme nunca más!

—Yo tampoco pensaba… Bueno, hasta ahora.

Y dirigió a los relieves de la mujer una mirada que quiso ser disimulada, pero que se notó demasiado.

—No suene usted, señor Barton. Por mi parte, ni siquiera he prestado atención a estas líneas de la carta.

—No es que sueñe… Entiéndame. Sólo quiero saber cómo podré protegerla mejor.

—No necesito protección.

—Pero…

—Esta ciudad será todo lo peligrosa que se quiera, pero yo la conozco bien, señor Barton. Y lo que va usted a hacer será largarse inmediatamente.

—¿Cree que he hecho un viaje tan largo, hasta la mismísima Carson City para que no sirva de nada?

—Usted ya ha cumplido con lo que creía un deber moral. Puede estar satisfecho, ya que soy yo misma la que le libera de toda responsabilidad.

Clive hizo un gesto de impotencia, mientras sonreía mirando a la mujer.

—Hagamos un trato —susurró—. No crea que por el accidente de hace unos momentos va a correr peligro conmigo. Le prometo que no volveré a rozarle un dedo, y si lo prefiere, no le hablaré siquiera. Pero yo debería quedarme una temporada aquí hasta ver en qué para todo esto. Tengo habitación en el hotel de los Mineros, donde me han admitido gracias a que yo no soy minero. Observaré el ambiente, y en cuanto vea que no hay peligro para usted, me largaré.

—No le puedo prohibir que resida en Carson City, señor Barton. Pero le advierto que conmigo no tiene nada que hacer, aunque le agradezco mucho su interés por mi marido.

—No debe agradecerme nada. Un enemigo noble, como Johnny, es a veces el mejor amigo.

—¿Quiere tomar algo?

—No. He venido con su hermana Mónica, que por cierto no se encuentra bien.

Marian palideció.

—El corazón…

—Eso es.

—¿Dónde está?

—En el vestíbulo.

—Por favor, salga un momento. Me acabaré de vestir.

—No faltaba más…

Iba a salir cuando ella susurró:

—Oiga, señor Barton…

—¿Qué?

—¿No se ve si la niebla va a disiparse? ¿Sigue el ambiente tan cerrado?

—Me temo que sí.

Los labios de la mujer temblaron.

—Lo… lo siento.

—¿Por qué? ¿Le asusta la niebla?

—Me pone nerviosa. Además… bueno, ya se enterará.

El hizo un gesto de curiosidad.

—¿Enterarme de qué?

—Hace poco se cometió un horrible asesinato entre la niebla.

Todo esto… todo esto es siniestro.

—En esta ciudad se cometen asesinatos a cada momento. Yo creo que no debería intranquilizarse.

—Pero es que…

Marian iba a decirle algo que consideraba importante, pero Clive nunca supo exactamente qué era lo que iba a surgir de sus labios.

Porque en aquel momento sonó un largo, un terrible alarido de muerte.

CAPÍTULO V

No había sonado dentro de la casa, pero sí muy cerca de ella.

El joven no estaba acostumbrado a aquello. Él estaba habituado a las muertes rápidas y, por decirlo así, silenciosas. Aquel alarido, en cambio, era algo de pesadilla.

Balbució:

—Ha sido una mujer…

Marian estaba mortalmente pálida.

Señaló la ventana, por la cual parecía filtrarse la niebla.

—Como la otra vez… —susurró.

—¿Qué ocurrió la otra vez?

—Dios santo…

Era evidente que Marian no le daría demasiadas explicaciones. La mujer parecía aturdida, completamente inutilizada para hacer nada práctico.

Clive salió de la habitación, atravesó el pasillo y salió de nuevo al vestíbulo.

Mónica, con la puerta abierta, parecía otear la niebla. Volvía a estar horriblemente pálida.

—¿Qué ha sucedido?

—Ese grito…

—Yo diría que han matado a una mujer —susurró Clive.

—Eso… es lo que ha tenido que ocurrir.

—¿Dónde?

—Yo lo he oído bien. Allí…

Señalaba un punto imprecisable de la niebla. Clive dedujo que era la zona laberíntica de los almacenes donde, pese a su pequeña extensión, uno podía perderse.

—Voy allá.

—Le acompañaré.

—¡No se mueva, Mónica! ¡Puede perjudicarla!

—¿Cree que voy a estarme aquí sola? ¡Voy con usted a dónde sea!

Clive comprendió que, aunque Mónica no estaba realmente sola, su hermana Marian poca ayuda podía prestarle. De modo que hizo una seña para que la muchacha le siguiese y echó a correr.

La niebla parecía haberse disipado un poco, pero seguía haciendo la visibilidad muy difícil en algunos puntos.

Clive no hubo de correr mucho.

De pronto estuvo a punto de tropezar con las piernas de una mujer caída en tierra. La mujer llevaba las faldas alzadas y mostraba sus medias negras manchadas de sangre. Le habían asestado dos cuchilladas en el pecho, las dos, mortales, de necesidad.

Una expresión de asombro y de horror había cruzado por su rostro, quedando impresa en él. Por momentos, sus mejillas se iban volviendo blancas.

Había sido una hermosa muchacha y, además, joven No debía pasar de los veinte años.

De pronto, alguien más llegó corriendo.

Eran dos personas. Un tipo enorme, de facciones brutales, el cual daba la sensación de que con un puñetazo podía matar a un buey. Le acompañaba una mujer ya no demasiado joven, pero muy pintada, que iba vestida de una manera casi procaz.

Fue ella la que gritó:

—¡Kitty!

Se abalanzó sobre la muerta, llorando. El tipo gigantesco miró a Clive con unos ojillos que parecían rojos.

—¿Quién es usted? —masculló.

—Me llamo Clive Barton y estaba en aquella casa. He salido corriendo al oír el grito.

—Ya… ¿Y tú, Mónica?

La muchacha, ni siquiera le miró.

—¡Yo no hablo con usted, Kramer! ¡Yo no dirijo la palabra a un tipo que tiene su asqueroso negocio!

—¡Mejor te iría si tú trabajaras también en él idiota! ¿Qué te pagan en el saloon? ¿No ves que estás perdiendo el tiempo?

—¡Le prohíbo que me hable! ¡Que me mire siquiera! ¡Es usted un maldito cerdo!

—Te estás poniendo muy ñoña, nena. No sé quién te has creído que eres. Y yo te voy a…

Puso una de sus zarpas en el brazo derecho de Mónica, zarandeándola. Su fuerza era brutal. La muchacha, a pesar de que no era débil ni mucho menos, dio la sensación de ser una muñequita entre sus manazas.

—Me has estado desacreditando —mascullló el llamado Kramer —. Hablas mal de mí al *sheriff*, a todo el mundo… Pero yo me encargaré de que tengas quieta la lengua, estúpida…

La empujó contra la pared. Se oyó el golpe sordo del choque. Mónica se encogió, con un pinchazo en la espalda.

Tenía el corazón mal. Cualquier violencia de aquella clase podía matarla.

Clive lo sabía.

Por eso movió el brazo derecho y sujetó por el cuello de la camisa a Kramer.

—Ella tendrá quieta la lengua, pero usted tendrá quietos los puños, amigo.

Kramer se volvió lentamente.

En sus labios flotaba una sonrisa burlona.

—¿También quiere recibir, amigo? Entonces voy a advertirle una cosa: con los hombres no soy tan educado. Y le juro que al primer golpe voy a partirle su maldita cara…

No dijo una palabra más. Pasó inmediatamente a la acción.

Su brazo derecho se movió con la fuerza de una catapulta. Clive logró esquivar, pero sólo parcialmente. Aun alcanzándole sólo de refilón, el puñetazo fue tan fuerte que le hizo dar una vuelta sobre sí mismo y bambolearse al borde de la caída.

Kramer lanzó una carcajada.

—¡Esto era lo primero que tenías que aprender, imbécil!

Lanzó un corto al hígado. Clive sintió como si incluso los mismísimos pies le subieran hasta la boca.

La mujer que estaba arrodillada junto a Kitty, la muerta, masculló:

—Pero ¿ése es todo el respeto que tenéis? ¡Acaban de matar a Kitty! ¡Y vosotros, peleando corrió dos rufianes!

Nadie la oyó.

Mónica, apoyada en la pared, parecía trastornada mirando a los

dos hombres. Y éstos ya tenían bastante con vigilarse los respectivos movimientos.

Clive había recibido por sorpresa y en frío dos golpes demoledores. Aquello hubiera significado el K. O., para cualquier hombre que no fuese como él. Pero a Clive Barton nadie le había derribado todavía.

Había visto bastante a su enemigo para saber que éste atacaba con la guardia baja, confiando en la dureza granítica de su mandíbula y en el miedo de sus adversarios, que no se atreverían a meterse entre las mortales moles de acero que eran sus brazos.

Clive estaba arrinconado en la pared. Vio venir a Kramer.

Lo primero que tenía que hacer era frenarle, ya que esquivarle resultaba imposible en aquel reducido espacio. Lanzó un fácil directo de izquierda y le alcanzó en plena cara, deteniendo en seco el avance de Kramer.

De todos modos, no era un golpe como para asustar a éste. Se trataba solamente de un tanteo.

Kramer masculló:

—Gallito, ¿eh?

El impacto que recibió a continuación ya no fue de tanteo. Aquello de tener la guardia demasiado alta estuvo a punto de costarle caro. El gancho a la mandíbula fue atroz. Sintió como si la calle entera diese vueltas en torno, suyo.

Lanzó un gruñido.

No estaba acostumbrado a recibir golpes, sino a darlos. En consecuencia, no era un buen encajador. Cometió además la imprudencia de atacar de nuevo, rabiosamente, sin haberse recuperado de los efectos del anterior impacto.

Y ahora elevó la guardia demasiado. Se cubrió sólo la cara.

Dos golpes a los flancos le hicieron tambalearse. Se descubrió para ver a su enemigo, cuando ya Clive tenía el gancho preparado.

El puño voló.

Se oyó un «taac» en toda la calle y Kramer cayó de espaldas, sintiendo un dolor atroz en toda la cara. Lo primero que pensó fue que le habían roto el hueso maxilar.

No estaba vencido, sin embargo.

Fue a ponerse en pie y en aquel momento una voz corto su movimiento.

—Pero ¿qué infiernos pasa aquí? ¡Quietos todos!

Los rostros se volvieron en la dirección en que acababa de sonar aquella voz. Vieron avanzar al *sheriff* de Carson City.

Éste era un hombre ya maduro, pero con mucha experiencia en el cargo. Resultaba un tipo difícil de engañar, decidido y peligroso.

Sus ojos se habían clavado en el cadáver. Luego pasaron a los dos hombres.

—¿A qué viene esa pelea?

—Nada, *sheriff*… —masculló Kramer, mientras se acariciaba la maltrecha barbilla—. Mónica Percival y yo teníamos unas palabras y ese fulano ha intervenido.

—Lo conozco… Usted ha matado a dos hombres hace poco. Uno de ellos se llamaba Lurs.

—Es cierto.

El *sheriff* le apuntó con el índice.

—Ha sido en desafío y, por tanto, no puedo hacer nada contra usted. Pero vaya con cuidado, amigo. Los tipos como usted están infestando Carson City, y a mí ya hace tiempo que las narices se me hinchan poco a poco. Si le atrapo en algo, le juro por estas que va a lamentarlo. Y ahora veamos qué le ha ocurrido a la pobre Kitty.

Quizá el *sheriff* había creído hasta aquel momento que Kitty había muerto a causa de una discusión o una pelea. Pero al acercarse más a ella y ver la expresión de pasmo y horror impresa en aquel rostro, fue cambiando de opinión. Sus facciones palidecieron.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —balbució.

—Yo la he descubierto —dijo Clive—. He oído unos gritos desgarradores y he corrido hacia aquí. La señorita Mónica Percival me acompañaba.

—¿No has visto a nadie?

—A nadie.

—Es decir, que no la han matado en una discusión.

—Ni hablar de eso.

—Se trata entonces de un asesinato… No lo comprendo.

—¿Acaso cree que lo comprendo yo, *sheriff*?

El de la estrella se puso en pie. Sus ojos vagaron por la enrevesada calle.

La niebla se iba disipando, permitiendo ver ya el relieve de los

objetos, las esquinas fantasmales y las puertas enormes de los almacenes, en los que cualquiera podía haberse ocultado.

De pronto, sus ojos se clavaron en Kramer.

—¿Y usted?

—Yo, ¿qué?…

—Me gustaría saber de dónde ha venido, Kramer.

—También he oído los gritos y he corrido desde mi casa. Ya sabe que vivo aquí cerca.

—¿Tiene testigos?

Kramer se engalló.

—¿Es que sospecha de mí, *sheriff*?

—Mi obligación es sospechar de todo el mundo, y en especial, de tipos como usted.

—Pues lamento fastidiarle esta vez, *sheriff*, y chafarle las ilusiones de meterme en la cárcel. Pero tengo un testigo. Es esa mujer, Carlota, la que está llorando ahí como una Magdalena.

—Carlota es una empleada suya y dirá lo que usted quiera. No me sirve para esto.

—¡No hay razón para que siga hablando así, *sheriff*! ¡No tiene ningún motivo para sospechar!

—¿Cómo que, no? Sé perfectamente que Kitty quería librarse hace tiempo de sus garras. Quería salirse del círculo de su asqueroso negocio. No sería nada extraño que la hubiese liquidado por esa razón; que hubiese querido dar un escarmiento por si alguna otra tenía tentaciones de esa clase.

Kramer rechinó los dientes.

—Usted está en contra mía, *sheriff*.

—Estoy en contra de los que explotan a las mujeres y viven del vicio en Carson City. Hay muchos truhanes en la ciudad, Kramer, y a todos los tolero, pero usted es el peor, porque se dedica a la trata de blancas. La mitad de las chicas que están a sus órdenes no han llegado aquí por su propia voluntad. Y no me extrañaría que Kitty…

—¡Eso ya lo ha dicho, *sheriff*! ¡Y lo niego rotundamente! ¡No me podrá atrapar por ahí!

—No le podré atrapar porque le protege gente importante. Porque todo forma aquí una red tupida que resulta muy difícil atravesar. Pero no confíe demasiado en el destino, Kramer. Las cosas también podrían ir mal para su jefe, y entonces…

—¡No meta a Kendall en esto!

Clive Barton apretó un momento los labios.

Kendall… ¿Dónde había oído aquel nombre?

¡Claro…! —Estuvo a punto de darse una palmada en la frente—. Era estúpido por no haberlo recordado enseguida. Kendall era el tipo que hacía enviar flores a Mónica Percival. El que había mandado a Lurs para que lo liquidase.

Un tipo decidido, vaya.

Y ahora resultaba que estaba metido hasta el cuello en aquel mejunje del vicio organizado en la ciudad. Kendall prometía ser un fulano la mar de interesante.

Pero, de todos modos, Clive Barton quería ser honrado. Y en este caso se creyó en la obligación de decir:

—La verdad es que yo he visto llegar corriendo a Kramer, *sheriff*. Ha venido después de mí y, efectivamente, le acompañaba esa mujer, la que se llama Carlota.

—¿Por tanto, no cree que esto lo haya hecho él?

—Yo no creo ni dejo de creer, *sheriff*. Sólo digo lo que he visto.

El de la estrella apuntó a Kramer con el índice.

—Bueno, esto le libra de momento, amigo. Pero no me gusta nada esta situación; de modo que, en su propio beneficio, busque al que haya podido cometer este repugnante crimen. Usted conoce a toda la gentuza que llega a Carson City, Kramer, y no le resultará difícil buscar entre tanta basura. Meta los dientes en ella y sáqueme al culpable mordiéndolo por el cogote. De lo contrario, le juro que lo va a pasar mal.

Kramer sonrió burlonamente.

—Haré lo que me pide, *sheriff*, pero no por complacerle, sino porque a mí también me gustaría saber quién se ha metido en mi terreno. Kitty era una chica que me estaba proporcionando mucho dinero. Joven, elegante y provocativa, gustaba a mis clientes. Su asesino me ha causado un perjuicio que le haré pagar arrancándole los dientes uno a uno antes de enviarle a la fosa. Daré con él, *sheriff*. Se lo juro por éstas. Pero usted no tendrá al culpable, sino al cadáver del culpable. Eso también se lo juro.

El discurso de Kramer le había parecido muy convincente; no era el discurso de un culpable, sino el de un hombre que, por el contrario, quería cazar al asesino. Pero había que contar con su

astucia. Un discurso se improvisa enseguida. Quizá Kramer había dicho todo aquello solo para desorientar al *sheriff*.

De pronto notó clavados en su rostro los ojillos del gigante. Éstos brillaban peligrosamente.

—Tú me has ayudado, Clive Barton —dijo—, y no puedo negar que tu declaración me ha favorecido. Pero eso no arregla nada. Tenemos una cuenta pendiente y la resolveré a mi modo. ¡Te desharé la cara antes de matarte! ¡Te la convertiré en papilla!

Clive Barton cerró los puños y preguntó con voz tensa:

—¿Sí…? Me gustaría mucho verlo, amigo. ¿Por qué no empiezas ahora mismo?

—¡Basta! —aulló el *sheriff*—. ¡Basta, maldita sea! ¡O los enchirono ahora mismo a los dos!

Habían ido llegando otras personas, atraídas por las voces. Alrededor de la muerta se estaba ya formando un círculo.

Clive volvió bruscamente la espalda y tuvo la sensación de que una mano helada se posaba en su nuca.

Porque, de repente, creyó adivinar que aquello no era más que el principio. Porque se dio cuenta de que había empezado a vivir una aventura macabra.

CAPÍTULO VI

Estaba llevando a la práctica el plan tratado con Marian. El residía en Carson City, pero en el hotel. Mientras tanto trataba de averiguar si era necesaria su presencia allí y si la viuda de Johnny Burns podía protegerse ella sola.

Su campo de observación era el saloon donde había visto actuar a Mónica.

Por cierto, que, al día siguiente de la muerte de Kitty, ella no había actuado, a causa de estar aún bajo los efectos de la fuerte impresión. Eso había hecho que el número de clientes disminuyera de modo sensible.

Hoy, en cambio, iba a volver a bailar.

La gente la esperaba con expectación. Muchos rostros ansiosos miraban hacia el escenario.

El joven se fijaba en ellos. Trataba de adivinar si Marian podría sobrevivir entre toda aquella gente. Y trataba de estar atento a las conversaciones por si alguna se refería a la viuda.

Pero la gente no hablaba de Marian, sino de su hermana Mónica.

—Yo la he visto al menos quince veces.

—Es una chica sensacional. Me gusta con locura.

—Y desde que se ha puesto de luto está mejor. Resulta más excitante todavía.

A Clive le molestaba aquello.

Reconocía que era normal en un ambiente así, y que Mónica estaba metida en él porque quería, pero de todos modos se sentía fastidiado oyendo las conversaciones.

Alguien se apoyó entonces en la barra, a su lado.

Una voz suave murmuró:

—¿Interesándose por la cuñadita?

Clive volvió la cabeza. El tipo que le hablaba tenía pinta de rufián de altura. Llevaba un fino bigotito recortado y estaba algo

grasiento. Clive, que era un hábil boxeador, lo clasificó enseguida: dos puñetazos y a la calle.

Pero lo malo era que el fulano venía prevenido.

Su mano casi ocultaba un pequeño «Derringer» de señorita, que a aquella distancia resultaba mortal como una serpiente venenosa. Podía disparar con sólo un leve gesto.

—Mónica no es mi cuñadita —susurró.

—A mí me han dicho que usted sustituye a Johnny Burns.

—No le sustituyo en todo. Y en lo que usted piensa, menos.

—Pero no se desanime. Todo llegará, ¿verdad?

Clive apretó los labios.

—Lárguese —espetó secamente.

—¿Yo? Claro que me largaré. Pero usted viene conmigo.

—¿Cree que me da miedo ese «Derringer»?

—El «Derringer» solito quizá no, pero además alguien me acompaña.

Señaló con el mentón hacia la izquierda.

Vio a otro individuo que llevaba ya la mano apoyada en la culata. Por muy mal tirador que fuese, le alcanzaría en cuanto tratara de moverse. Si se libraba de uno, caería con el otro.

Lo mejor era ceder.

Además, ya tenía curiosidad por saber quién quería hablar con él valiéndose de aquellos procedimientos.

Daba por descontado que no querían matarle aún, porque de lo contrario tenían oportunidad para haberlo hecho.

—Bien… —dijo—. Vamos allá.

Salieron a la calle.

Esta vez no había niebla, sino que el aire era despejado y límpido. Pero había caído la noche y las sombras lo llenaban todo, allí donde el resplandor de las lámparas no conseguía llegar.

—¿Adónde cuernos me lleváis?

—Eso lo verás muy pronto.

Penetraron en una elegante casa hecha de piedra. Si no era la mejor de la ciudad, poco le faltaba para serlo.

En la planta baja había un elegante despacho. A punta de revólver le introdujeron en él.

Tras la mesa estaba sentado un individuo todavía joven. Clive le calculó unos cuarenta y cinco años. Su piel, bien cuidada, era tersa

y brillante. Vestía con una elegancia refinada, casi excesiva. En uno de los ojales de su levita destacaba una flor roja.

—Siéntese —dijo, sin mirar a Clive.

Y siguió escribiendo, como si no hubiera nadie allí. El joven, que había ocupado la butaca frontera, terminó por impacientarse y puso tranquilamente ambas botas sobre la mesa.

El otro alzó la cabeza. Estaba lívido.

—¿Quién le ha dado permiso para eso?

—Es que me estaba poniendo cómodo, Kendall. Como usted me hace esperar tanto…

—¿Dónde le han dicho que yo soy Kendall?

—No me lo han dicho en ninguna parte, pero la deducción resulta fácil. Sólo usted podía tener interés en hablar conmigo.

El elegante dejó de escribir. Le miró con una sonrisa socarrona.

—En efecto, soy Kendall. Y quería conocerle personalmente, Clive Barton.

—Ya me conoce. ¿Qué le parezco?

—Un matón.

—Cierto… Reconozco que he actuado como matón bastantes veces, pero siempre da la casualidad de que he matado a tipos como usted. ¿Qué más quería?

Kendall palideció de rabia durante unos momentos.

—También quería decirle cuatro cosas.

—Venga la primera.

—En la ciudad sobran tipos como usted, Clive Barton. Uno encuentra matones hasta en la sopa.

—Matones como Lurs quizá sí; matones como yo, seguro que no.

—Reconozco que le envié a Lurs cuando me dijeron que un forastero rondaba a Mónica. Creí que era uno de tantos. Le dije a Lurs: «Lo despachas y en paz». La verdad fue que no volví a acordarme del asunto hasta que vinieron a decirme que el despachado era Lurs. Entonces me entraron ganas de conocer a aquel forastero. Y aquí le tengo…

Clive extrajo su bolsa de tabaco y empezó a liar un cigarrillo calmosamente.

—De todos modos, al decir que en la ciudad hay muchos tipos como yo ha tratado de indicarme que estoy de sobra.

—Exactamente, Clive Barton. Yo no lucho con el revólver, sino

con la inteligencia. Mis negocios cubren la ciudad entera, y la verdad es que he llegado a dominarla. Fulanos como usted hay muchos; como yo, muy pocos.

—¡Qué bien!

—Podría hacerle matar aquí mismo, ya lo ve, pero quiero darle una oportunidad. Ésa es la segunda cosa que quería decirle.

—A ver.

—Quiero preguntarle a qué ha venido a Carson City.

Clive se encogió de hombros. ¿De qué podía servirle mentir en aquellas circunstancias? Todo el mundo acabaría sabiendo la verdad si él se quedaba. De modo que era mejor que la supiesen desde ahora.

Extrajo la carta de Johnny Burns y la dejó sobre la mesa.

—Lea.

Kendall lo hizo. Al principio palideció, pero luego una fina sonrisa fue asomando a sus labios.

—Esta carta es todo un poema —dijo.

—Un poema que hace llorar.

—Ha sido muy sincero al enseñármela.

—Yo —dijo Clive— soy un chico así de agradable. Siempre voy con la verdad por delante.

—¿Y Marian qué opina?

—Marian no quiere opinar. Sólo me ha dicho que no va a casarse de nuevo y que más vale que me largue. Yo he decidido explorar el ambiente antes de tomar una decisión.

—¿Y la ha tomado ya?

—Sí.

—¿Qué decisión?

—Voy a quedarme.

Las facciones de Kendall enrojecieron. Por un momento se mordió los labios con ira, con terrible fuerza.

—Yo iba a sugerirle lo contrario, Barton, por su propio bien.

—Me conmueve su interés.

—¿Puedo saber por qué va a quedarse?

—Hay dos razones. Una de ellas que usted quiere manchar con su baba a Mónica Percival.

—Ella es una bailarina, ¿no?

—Eso nada tiene que ver.

—¿Le gusta la chica?

—No digo eso. En cierto sentido, Mónica Percival gusta a todo el mundo, pero en el otro, en el de llegar a enamorarse de ella, no sé qué decir aún. Lo único cierto es que por ahora se trata simplemente de una bailarina. Pero después de, haber pasado por sus brazos irá a los brazos de Kramer, y desde allí… Bueno, prefiero no pensarlo. He visto bastante en esta cochina ciudad para saber lo que le espera.

Los labios de Kendall seguían apretados y tensos.

—Usted me ha hablado de dos razones —murmuró—. ¿Puedo saber cuál es la otra?

—Claro que sí… Usted va entrando en el negocio de las minas, Kendall. He oído hablar de eso.

—¿Y qué?

—Marian tiene una. Creo que es muy buena.

—Nadie puede asegurarlo aún. Pero, en efecto, se dice que lo es.

—Sería para usted muy fácil apoderarse de ella, Kendall.

—¿Quién ha dicho que yo trate de hacerlo?

—Lo dice esa carta. —Clive recuperó el último mensaje de Johnny Burns y lo volvió a guardar en su bolsillo—. Este mensaje no le nombra a usted, Kendall, pero habla de gentes como usted. En consecuencia, le guste o no, voy a quedarme.

El magnate sonrió.

Mostró ahora claramente una fila de dientes de oro.

—Sí, es cierto… Va a quedarse.

Hizo una seña a sus hombres.

—Vosotros… ¡Fuera con éste!

Clive conservaba su revólver, del que no le habían desprovisto aún, pero ni por asomo se le ocurrió usarlo. Sabía que hubiera sido un suicidio.

Los dos tipos que le amenazaron en el saloon le habían estado apuntando desde la puerta. Ahora uno de ellos, el del bigotito, se aproximó.

Su derecha tiró del revólver de Clive, sacándolo de la funda. El joven tuvo la sensación de que había quedado desnudo.

—¡En pie!

—No hace falta gritar tanto. Ya voy…

Kendall dijo secamente:

—El sótano.

—Bien…

Sus dos hombres habían entendido la orden a la perfección. Empujaron a Clive hacia la puerta.

—Es la última vez que nos vemos —susurró Kendall—. Si usted hubiese sido más razonable, quizá habríamos llegado a un acuerdo. Quién sabe si le hubiese incorporado a mis hombres, que están bien pagados y satisfechos. Pero usted ha puesto las cosas imposibles, Clive Barton. Le deseo buen viaje…

El joven sabía perfectamente lo que significaba aquello del viaje. Iban a darle billete para muy lejos. Un billete hasta el otro barrio, donde se debe pasar muy bien, porque no vuelve nadie.

Se sintió empujado hacia unas escaleras.

Hubiera querido defenderse, pero esto era imposible. Con dos revólveres clavados en los riñones, sus posibilidades resultaban nulas. Había cometido un error, un exceso de confianza, al dejarse atrapar, y ahora iba a pagarlo.

Las escaleras llevaban a un sótano.

También estaba construido con piedra, como la casa. Allí había un horno y una caldera de vapor que movía una máquina terminada en un gran martillo de acero. Ese martillo machacaba y trituraba con sus golpes grandes piedras que habían sido colocadas sobre una mesa de hierro bastante baja.

El ruido que hacían los martillazos era muy grande, enorme.

No se oirían desde fuera los disparos.

¿Le habían llevado allí por eso? ¿Quería Kendall despacharle «diplomáticamente», sin que lo sospechara el *sheriff*?

Pero Clive no había perdido la serenidad. Esperaba su momento.

—¿Qué infiernos es eso? —masculló.

—¿Te interesan las minas?

Los dos hombres seguían a su espalda.

—¿Es que esto tiene que ver algo con la minería? —preguntó Clive.

—Claro que sí… El martillo mecánico, movido por el vapor, hace un trabajo que ningún hombre podría hacer. Tritura minerales para que podamos analizarlos. Minerales sacados de todas partes. Y a veces hay indicios de lo que Kendall busca.

—¿Plata?

—Eso no te importa.

Clive sonrió cansinamente.

—Veo que no me he equivocado —dijo de todos modos—. Kendall se interesa por las minas, y llegará un momento en que se apoderará de la de Marian Percival.

—Eso ya no te interesará a ti, muchacho.

Clive adivinó que iban a disparar.

En cierto modo, él ya no era más que un muerto.

—Reza…

La voz había llegado de su derecha.

—Quiero morir de cara.

—Muy bien. Vuélvete…

Él lo hizo. Se volvió rapidísimamente hacia el lugar donde acababa de sonar aquella voz.

El gesto desorientó momentáneamente a sus dos enemigos, sólo uno de los cuales disparó. La bala rozó la cabeza de Clive.

Un momento después rodaba por el suelo, abrazado a aquel adversario. Los dos gruñeron como bestias acorraladas. El otro se acercó.

Quería disparar a boca de jarro sobre Clive apenas éste diera media vuelta.

De pronto una bota pareció salir disparada desde el suelo. Clive había alzado la pierna derecha con fulminante rapidez. La puntera se clavó en el bajo vientre del que esperaba rematarle.

Se oyó un alarido y el individuo saltó hacia atrás, retorciéndose de dolor.

Era el del bigotito.

—¡Machaca a ese perro, Larsen! ¡Machácalo!

Larsen debía ser el que estaba abrazado a Clive. Pero por ahora, desde luego, no tenía grandes probabilidades de «machacar» a éste. A duras penas podía mover la mano con la que aún sujetaba el revólver.

Clive le retorció la muñeca con los dedos. Aquellos dedos eran como garfios de acero que vencían la resistencia de su enemigo. El revólver cayó a tierra.

En aquel momento el del bigotito empezaba a recuperarse ya. Se dio cuenta de lo que sucedía.

Levantó el revólver y de pronto lanzó un grito corto y seco.

Apenas sintió dolor.

La bala acababa de atravesarle la frente.

Clive, librándose de su primer enemigo, acababa de disparar desde el suelo. Ahora era dueño de un «Colt» y podía intentar liquidar también a su segundo adversario. Pero éste no era manco. Mejor dicho, en aquel caso demostró que no era cojo.

El terrible puntapié en la cabeza de Clive hizo ver a éste las estrellas.

El joven dio una vuelta sobre sí mismo. De pronto lo vio todo como a través de una neblina. Distinguió confusamente a su adversario, que trataba de hacerse con el revólver del muerto.

El buscó su «Colt». No estaba allí.

Había tenido que soltarlo al recibir el terrible puntapié en la cara.

Seguía viéndolo todo confusamente. Hubo un momento en que no supo dónde estaba. Sólo distinguió que su adversario, el llamado Larsen, se adueñaba ya del «Colt».

Saltó hacia él.

Los dos hombres volvieron a rodar por el suelo, y luego, no supieron cómo, sujetándose el uno al otro, lograron ponerse en pie.

Larsen movió el puño derecho.

Era como una catapulta. Clive salió despedido hacia atrás y sus espaldas chocaron con la gran piedra qué estaba siendo triturada encima de la mesa de hierro en aquellos momentos.

Vio avanzar hacia su cabeza el enorme martillo. Apenas tuvo tiempo de lanzar un gruñido y de apartarse instantáneamente.

El golpe sobre la roca le hizo retemblar todo el cuerpo.

Larsen ya estaba encima. Le sujetaba el cuello febrilmente. Mientras tanto el martillo se alzaba poco a poco.

Diez segundos después volvería a caer. Machacaría al que estuviera debajo.

A Clive le quemaban los pulmones. Larsen era más fuerte de lo que había imaginado. Por un momento le pareció imposible librarse de él.

Se oyó un crujido. El martillo inició su descenso.

Clive lo vio encima como una mole granítica, como una montaña que se desplomase.

Todos sus músculos parecieron estallar. El esfuerzo supremo

hizo que se rompiera su camisa.

Logró zafarse del mortal abrazo de Larsen. Con una mano le hizo girar el cuerpo.

Larsen no tuvo ya tiempo de reaccionar. Se dio cuenta de lo que ocurría cuando ya el martillo estaba materialmente sobre su cabeza.

Clive Barton se apartó con un gesto de horror.

La cabeza de su enemigo había quedado materialmente hundida en la roca. El martillo, ahora siniestramente, manchado de sangre, volvió a alzarse con solemne lentitud.

Clive cerró un momento los ojos.

Aún lo veía todo como a través de una neblina. Necesitaba ir serenándose.

Poco a poco lo consiguió. Se dio cuenta de que ahora no corría ningún peligro, porque Kendall le consideraba muerto. El ruido del martillo al golpear la roca había impedido oír los gritos.

El joven buscó su «Colt» y lo encontró en uno de los bolsillos del muerto del bigotito. Lo introdujo en su funda.

Muy bien. Ajustaría las cuentas a Kendall.

A cada uno su turno.

CAPÍTULO VII

Subió las escaleras que llevaban a la planta del edificio. Vio la puerta del despacho.

No se distinguía a nadie.

Avanzó cautelosamente, con el «Colt» preparado. Empujó la puerta y apuntó.

Pero tuvo un desengaño, porque Kendall ya no se encontraba allí. Debía haber salido.

Dando por descontado que el asunto estaba resuelto, habría ido tal vez a divertirse con alguna chica. O a revisar la marcha de los negocios de Kramer, su principal socio en la ciudad.

No tendría más remedio que aguantarse antes de ajustarle las cuentas. Pero no se aguantaría mucho, desde luego. Trataría de dejarlo todo resuelto aquella misma noche.

Salió de la casa tranquilamente.

Nadie parecía vigilar aquello, quizá dando por descontado que Kendall era inatacable en la ciudad.

La noche era muy oscura. No había ni rastro de luna. Sólo las luces de los saloons y de los establecimientos aún abiertos disipaban las tinieblas.

El joven miró por encima de los batientes de todos los saloons. Desde allí dominaba la gente que había en el local. Trató de distinguir a Kendall, pero éste no se encontraba en ninguno de ellos.

Definitivamente, debía haber ido con Kramer.

El joven se dirigió al dédalo de callejuelas que tanto le habían impresionado la primera vez, entre la niebla. Todo seguía pareciendo un laberinto. De los locales de Kramer salían bastantes hombres, la mayor parte de ellos bebidos. Algunas chicas también entraban y salían, pero apenas se mezclaban con ellos.

Clive estudió un plan de acción.

No quería incurrir en un exceso de confianza, como la otra vez.

Ahora atacaría con todas las ventajas.

Mientras pensaba en todo esto, iba paseando lentamente. No se dio cuenta de que se internaba cada vez más en aquel dédalo de calles cortas, pero enrevesadas. Apenas se veía a dos pasos.

De pronto oyó una voz junto a él.

—Muchacho…

Era una voz femenina, un poco pastosa. No sugería ninguna amenaza, sino al contrario. Era una voz que parecía acariciar.

La mujer que le hablaba estaba apoyada en una de las paredes. A pesar de la oscuridad, le pareció muy joven. Vestía bien, pero parecía muy cansada.

—Muchacho… —repitió.

—Desgraciadamente ya no soy un muchacho, pero supongo que podré servirte igual. ¿Qué quieres?

—Invítame a una copa…

—Me parece que tú no necesitas una copa, sino un baño caliente para que te descanse y luego dormir hasta mañana.

—Dormir… Ya estás pensando en venir conmigo, ¿no? Conste que yo no te he ofrecido nada.

—No me has interpretado bien… He dicho que debes descansar, que debes dormir sola. ¿Dónde vives?

—Ahora en ninguna parte.

—¿Cómo…?

—Vivía ahí cerca…

—¿En uno de los locales de Kramer?

—Sí, pero me he ido. No pienso volver ya más. Estoy harta de que esa bestia inhumana siempre me esté golpeando. Mira.

Le mostró uno de sus brazos. A pesar de la oscuridad, al joven le pareció que había una gran mancha morada en él.

—¿Cómo te llamas?

—Silvia.

—Pues bien, Silvia, no debes preocuparte. Yo haré que esta noche duermas en lugar seguro.

—Pero primero me pagas una copa, ¿eh?

—¿Quién te acostumbró a beber?

—Kramer. Quiere que bebamos continuamente.

—Ese canalla…

—Basta de monsergas y tráeme algo de beber. Si no, no me

muevo de aquí.

—Ven conmigo. Te llevaré a un saloon.

—Ni hablar… Luego no querrás pagarme nada. Te he dicho que necesito un trago. Tráeme una botella y empezaré a creer en tu buena voluntad, en que eres un hombre decente.

Clive Barton se encogió levemente de hombros.

Cada mundo tiene sus leyes, cada persona sus costumbres.

Si aquella mujer necesitaba un trago para animarse a vivir de nuevo, él se lo proporcionaría.

—No te muevas de aquí —dijo—. Yo vuelvo enseguida con una botella.

—No me moveré. Pero no tardes…

Clive salió de allí.

Uno no se daba cuenta y ya volvía a estar en la calle principal. Se dirigió a uno de los saloons, el más cercano.

La verdad era que ahora ya no se acordaba de Kendall. Sólo de aquella pobre muchacha.

—Una botella de *whisky*. Del bueno.

—¿Entera? ¿Qué es lo que piensa celebrar, amigo?

—Que me ha salido el primer diente.

Pagó y se largó.

Un momento después estaba entre el dédalo de callejuelas, entre la oscuridad.

Y fue entonces cuando, por segunda vez en muy poco tiempo, oyó aquel espantoso alarido de muerte.

Al principio no pudo creerlo. El alarido provenía del sitio donde había dejado a Silvia. ¡Era ella la que gritaba!

Corrió con todas sus fuerzas.

No conocía bien el dédalo de callejuelas y con la precipitación se perdió dos veces. Al fin pudo encontrar el sitio donde había dejado a la muchacha.

Un rayo de luna, que entonces acababa de surgir, se la mostró con toda su espectral crudeza.

A Silvia le habían clavado un largo cuchillo en el cuello, atravesándoselo por completo. El mango aún sobresalía.

La sangre escapaba a borbotones.

Silvia no estaba muerta, pues aún se movía espasmódicamente. Pero Clive entendía lo bastante de heridas con arma blanca para

saber que ya nadie salvaría a la muchacha. Tenía seccionada la yugular. Los movimientos de su cuerpo eran puramente mecánicos, eran la última reacción de unos músculos que aún se aferraban a la vida.

El joven quedó helado.

Sólo oía el ritmo irregular de su propia respiración. El silbido que hacía el aire al ser expulsado y pasar por entre sus dientes.

Aquel asesinato le recordaba al de Kitty. Tenía que haber sido producido por la misma mano.

Y en los dos casos se trataba de mujeres que no querían seguir bajo la sucia tiranía de Kramer. Aquello significaba que…

¡Claro! ¡Eso tenía que ser!

¡Kramer no estaba dispuesto a admitir deserciones! ¡Era él quien implantaba el terror de aquel modo, confiando, si las cosas se ponían mal, en la ayuda de Kendall!

Nunca Clive había visto la solución tan clara. Y decidió que, así como Kendall iba a morir, Kramer le acompañaría en su último viaje. Serían dos para la tumba.

Oyó voces que se acercaban y comprendió que necesitaba huir. No podía permitirse el lujo de aparecer como sospechoso a los ojos del *sheriff*.

Apretó el paso para salir de allí y entonces sus pies tropezaron con un pequeño objeto metálico.

CAPÍTULO VIII

Estaba obligado a dar aquella noticia. Necesitaba decir a Marian Percival, la viuda de Johnny Burns, que había decidido quedarse en la ciudad.

Por eso se dirigió a la casa que ya conocía muy bien. Tiró del cordón y sonó armoniosamente una campanilla.

Le abrió la misma Marian.

Marian no iba en prendas íntimas, como el día en que la conoció. Ahora llevaba un ajustado vestido negro, que queriendo ser severo, no hacía más que realzar sus curvas. Estaba algo pálida; pero sonrió al distinguir a Clive.

—Buenas noches; no le esperaba.

—Confío no molestarla, Marian.

—De ningún modo.

—¿Está Mónica?

—Debía haber regresado ya del saloon, pero no ha venido aún. No puede tardar.

Le hizo un gesto para que pasase.

El joven penetró en la casa. ¡Aquella dulce sensación de hogar! ¡Aquel ambiente indefinible de las habitaciones donde vivían dos mujeres bonitas…!

Con gusto se hubiera quedado a vivir allí. Y además qué cuerno, Johnny Burns le había pedido que lo hiciera…

Pero necesitaba pensar en cosas más serias.

—¿Puedo sentarme?

—Claro que sí… ¿Quiere una copa?

—Gracias.

Ella le ofreció *brandy* y se sentó frente a él, cruzando las piernas. Clive lamentó mentalmente que las faldas resultaran demasiado largas.

—¿Cómo se siente ya, Marian?

—Cada día me voy encontrando un poco mejor.
—Lo celebro.
—Supongo que no habrá venido a decirme solo eso…
—No. En realidad… Bueno, quería decirle algo importante.
—¿De qué se trata?
—Pues…
Clive movió nerviosamente los dedos sin darse cuenta. Y entonces aquel pedacito de metal que sostenía entre ellos cayó al suelo, produciendo un sonido cantarino.
Marian lo miró.
—¿Qué es eso?
—Un pedazo de espuela.
—¿Y por qué lo lleva?
—Lo he encontrado antes, muy cerca de aquí.
—¿Quiere que lo tire a la basura? No tiene ningún valor.
—Oh, no… Al contrario, me interesa mucho conservarlo.
—Bueno, como quiera… Cada uno tiene sus manías.
«Sí, es una manía —pensó Clive—. Este pedacito de espuela podía estar en el callejón desde el año pasado. Puede no tener nada que ver con el crimen. Pero ¿qué he de hacer? Es mi única pista…»
Lo guardó en uno de sus bolsillos.
—En esta sala… noto algo raro, Marian, si me permite decirlo.
—¿Algo raro? ¿Qué?
—No sé decirlo… Tengo una sensación extraña. Como si las cosas hubieran cambiado de sitio.
—Pues todo está igual.
—Tiene razón. Perdóneme.
Intentó alejar de su mente todos aquellos pensamientos que le parecían estúpidos y dijo:
—Marian, voy a quedarme en la ciudad.
—¿Por qué?
—He llegado a la conclusión de que usted corre peligro. Olvide el párrafo de la carta en que Johnny se refería a nuestra posible boda. Aquello era ridículo. Pero en cambio creo que debo protegerla. No podría marchar de aquí sabiendo que la dejo expuesta a cualquier cosa. Porque ahora sé que cualquier cosa puede suceder.
—Ya ve que nadie me ha atacado…

—Pero la atacarán.

—¿Kendall?

Clive se sorprendió.

—¿Cómo lo sabe?

—Eso no es difícil. Kendall es en realidad el enemigo más fuerte y peligroso que tengo. Ha empezado a interesarse por la minería y va al copo, como en todo. El podría tratar de arrebatarme lo que Johnny me dejó.

—Veo que ya había pensado en lo que voy a decirle, Marian. Desgraciadamente, sus temores son ciertos.

—Pero yo sé defenderme sola. Su presencia aquí no hará más que agravar las cosas.

—Le prometo que no cometeré ninguna imprudencia. Sólo intervendré en caso necesario. Hace poco me han dicho que yo era un matón, y eso no es cierto. Sólo cuando las cosas se ponen feas de verdad empleo la violencia. Le aseguro que en este caso seré mucho más comedido todavía.

—Bien… Entonces quédese. Pero entienda bien una cosa desde ahora mismo, Clive.

—Dígame.

—Yo no me enamoraré de usted. No pienso volver a casarme. Olvide el párrafo de la carta en el que Johnny tenía respecto a nosotros dos tan caritativos deseos.

—Eso está olvidado ya.

—Entonces siempre será bien recibido en esta casa, Clive.

Él se puso en pie. Había hablado sinceramente.

No quería mirar a Marian como mujer. No deseaba sentir ninguna clase de tentaciones con respecto a ella.

Pero Marian le turbaba profundamente. Era imposible estar junto a ella y no sentir como una llamada oculta. Claro que eso, o algo muy parecido, le ocurría también con Mónica, pero no tan intensamente como con su hermana viuda.

Porque en Marian había algo más estable, algo que perduraba en el recuerdo, por encima de los sentidos.

De pronto dijo:

—Ya sé lo que estaba cambiando aquí y que no he podido identificar hasta ahora. Es eso.

Señaló el gran dibujo de cuerpo entero que adornaba una de las

paredes.

Marian susurró:

—Cierto… Lo puse ayer otra vez, después de barnizar el marco. No me había dado cuenta.

Clive se acercó a él.

—Johnny está aquí maravillosamente retratado —dijo—. Es verdaderamente él mismo. ¿Desde cuándo tiene ese dibujo?

—Se lo hicieron hace un año.

—Pues el que lo hizo era un verdadero artista.

—En efecto. Pero si usted lo hubiera visto no lo hubiese creído. Era un borrachín descuidado y astroso. Se hizo amigo de Johnny y quiso retratarle a cambio de unas botellas de *whisky*. A Johnny no le gustaba que le dibujasen, pero al fin accedió. Y ya ve… Es verdaderamente una obra maestra.

—Admirable…

Ella le miró con curiosidad, un poco como si le estuviese viendo por primera vez.

—¿Usted conocía bien a Johnny?

—Bastante bien. En algunos aspectos quizá mejor que usted.

—¿En qué aspectos?

—En su modo de pelear, por ejemplo. En sus reacciones ante el peligro. Ésas son cosas que sólo llegamos a conocer los hombres.

—¿Por qué se desafiaron?

Clive se encogió de hombros, sonriendo.

—Ése me lo han preguntado otras veces. Y yo mismo no sabría contestarle. Pero hay una vieja ley en el Oeste según la cual el mejor pistolero de una comarca no puede convivir con el mejor pistolero de la misma comarca. Si hay dos hombres que se disputan el honor de ser el más rápido, es inevitable que terminen enfrentándose. Eso nos ocurría a Johnny y a mí. Apenas poníamos los pies en una población, la gente ya empezaba a apostar por uno o por otro. Nos desafiamos tres veces, y puede decirse que quedamos en tablas. El uno conocía demasiado bien los trucos del otro… Pero en la última ocasión estuvimos a punto de palmarla los dos. Nos acertamos tan bien que aún, no comprendo cómo pudimos llegar a contarlo.

—Pero Johnny debía tener mucha confianza en usted cuando le escribió esa carta.

—Como yo la tenía en él. Ya hay quien lo dice: «El enemigo noble es fácil que llegue a ser tu mejor amigo».

Contempló de nuevo el retrato y murmuró:

—La última vez que vi a Johnny era exactamente como está en ese dibujo. Sereno, arrogante y con la mirada fija en un punto indeterminado. Incluso vestía del mismo modo. Una camisa y unos tejanos parecidos, las mismas botas, análogas espuelas…

De pronto se detuvo.

Marian, sorprendida, alzó el rostro hacia él.

—¿Qué le sucede?

Clive había palidecido. Su mirada tenía una expresión inexplicable y extraña.

—Esas espuelas… Son de muy buena calidad.

—Sí.

—Ahora recuerdo que Johnny siempre llevaba las mismas.

—En efecto…

Clive introdujo pensativamente la mano en uno de sus bolsillos.

Extrajo el pedacito de metal que había encontrado muy cerca del lugar donde mataron a Silvia.

—Yo juraría que esto es un pedazo de esas espuelas —musitó.

Su rostro seguía estando muy pálido.

Incluso su derecha, cosa inexplicable en él, temblaba ligeramente.

Marian le contempló unos instantes con ojos desorbitados.

Y en aquel momento la puerta se abrió y entró Mónica. Sin hacer demasiado caso del hombre se dejó caer en el diván y colocó los pies en la mesita frontera, ofreciendo una exhibición de piernas que hubiese puesto morados a los espectadores del saloon.

—¡Uf! Estoy cansada… —dijo—. ¡Esta ciudad se está poniendo imposible! ¿Sabéis qué me han arrojado hoy al escenario? ¡Un collar de perlas!

—¿Un collar de perlas? ¿Y no te lo has quedado?

Mónica hizo un mohín de desprecio con los labios.

—¿Quedármelas? ¡Por eso digo que la ciudad se ha puesto imposible! ¡Eran falsas…!

CAPÍTULO IX

Clive Barton iba ensimismado por las calles de la ciudad. Nunca se le había visto tan distraído, tan confuso.

Los pensamientos le hacían daño. Se arremolinaban en su cerebro y le volvían loco. No entendía nada de aquello ni quería entenderlo, porque el extraño horror en que se veía metido era superior a sus fuerzas.

No se daba cuenta de nada.

El mundo exterior era como si no existiese para él.

Y eso era demasiado peligroso en una ciudad como Carson City, donde la muerte acechaba en todas las esquinas.

Por ejemplo, aquella esquina del hotel Universal, a unas cien yardas de distancia de donde ahora se encontraba Clive, y hacia la cual avanzaba en línea recta.

En esa esquina aguardaban dos hombres. Uno de ellos hubiera dado a Clive algo más que mala espina, caso de poder verle.

Porque se trataba de Kendall.

Kendall miró al hombre armado con un rifle que estaba a su lado.

—Ahí viene…

—Recto hacia aquí.

—Subirás al tejado por la parte posterior de la casa, Peter, y accecharás desde allí. Si sigue esa misma ruta, pasará indefectiblemente por delante de tu punto de mira. No tendrás más que volarle la cabeza.

—Bien…

—Pero no puedes fiarte. Si te ve, aunque sea durante una fracción de segundo, estás listo. Ese hombre es endiabladamente rápido. Te hará añicos estés donde estés.

—No me verá.

—¿Por qué te sientes tan seguro?

—¿No se ha dado cuenta? Camina como un borracho…

—Eso puede ser una táctica —murmuró Kendall—. Desconfía.

—¿Qué táctica ni qué infiernos? Si él aún no sabe que estamos aquí, ¿por qué iba a tratar de desorientarnos? Lo que le ocurre a ese hombre es que no debe encontrarse bien. Está más distraído que un minero cuando ve las piernas de una chica.

—Realmente esa sensación da. Pero no lo entiendo.

—Mire, sea por lo que fuere, no sabe por dónde anda. De modo que considérelo muerto.

Kendall entrecerró los ojos.

«Tiene que ser así —pensó—. Muerto… Tiene que ser así, condenado sea…»

Señaló la casa.

—Hala, arriba.

—*Okay*.

El individuo del rifle desapareció. Kendall hizo una seña hacia la esquina frontera.

Otro hombre pasó la calle, esquivando los carruajes que iban arriba y abajo y que daban a la avenida central de Carson City un aspecto de gran animación.

Kendall no se movió ni despegó los labios hasta que el otro estuvo a su lado. Entonces susurró:

—Ya lo conoces. Es ése.

—Diablos, parece que vaya borracho.

—Lo mismo ha opinado Peter, pero no os fiéis.

—¿Cuál es mi misión?

—Tú estarás en ese porche frontero, confundido con la gente. A ti no te conoce, de modo que no tienes nada que temer. Peter disparará con su rifle desde el tejado; sólo en el caso de que falle intervendrás tú. Como estarás a unos ocho pasos, no puedes fallar. Tiras a matar desde el primer momento. Como si fuera un perro rabioso.

—Debe serlo…

—¿Por qué dices eso?

—No comprendo cómo mató a aquellos dos. Lo tenían encerrado en el sótano… Y a uno de ellos no pudimos ni encontrarle la cabeza.

—Era distinto —masculló Kendall—. Los muy imbéciles se confiaron… Pero vosotros ya sabéis a quién tenéis enfrente. No hay

que darle la menor oportunidad…

El tipo se rascó la mandíbula.

—De todos modos, me parece que va a ser más fácil de lo que creía. O ese tipo está borracho o le falta poco. Yo diría que no sabe ni dónde pone los pies…

—Mejor para ti. Hala, no pierdas tiempo. A tu sitio…

El pistolero se esfumó.

Mientras tanto, Clive Barton seguía caminando. Era verdad aquello de que no sabía dónde ponía los pies. Nunca se había encontrado en una situación semejante como aquélla.

Los pensamientos le destrozaban por dentro.

El, que era un hombre más dado a la acción que a la reflexión, no podía resistir aquellas sospechas que le sumergían en un mundo de pesadilla.

Ni por un momento se había dado cuenta de la trampa que se le preparaba.

No había vuelto a recordar a Kendall. Ni siquiera había advertido que estaba caminando por el centro de la calzada, con riesgo de ser atropellado.

Peter había situado el punto de mira en una determinada zona de la calle hacia la cual iba Clive. Si el pistolero no se desviaba, caería en él.

Y Clive no se desvió.

Faltaban cuatro pasos, tres…

Un paso… ¡Fuego!

En aquel momento un carruaje irrumpió en el campo visual del tirador. Éste, que ya cerraba el dedo sobre el gatillo, se detuvo lanzando una ronca maldición.

EL carruaje había estado a punto de arrollar al distraído Clive.

—¡Borracho! ¿Es que no se da cuenta de por dónde va?

El joven, sobresaltado como si despertara de un sueño, miró hacia arriba. Y se sorprendió al ver que el que le llamaba borracho era ni más ni menos que Marian Percival.

Su cuerpo maravillosamente torneado destacaba como nunca a la luz del sol. Sus labios, intensamente rojos, temblaban, y en su rostro había una mueca de desprecio.

Clive musitó:

—¿Qué le ocurre?

—¡He estado a punto de atropellarle! ¡Se nota que no sabe ni dónde pone los pies! ¿Por qué ha estado bebiendo?

—Usted sabe que no bebo apenas, Marian.

—¡Pues ahora lo ha hecho! ¡Está borracho!

El joven parpadeó, confundido.

—Marian… No comprendo su cambio de actitud desde anoche. ¿Qué le ha sucedido?

—Usted ofendió la memoria de Johnny.

—¿Yo…?

—Sí. Con sus sospechas.

—No la comprendo.

—Lo noté por el tono de su voz. Relacionaba sus espuelas con el crimen que se cometió anoche.

Clive tenía que reconocer que aquello era verdad. Pero no comprendía cómo la mujer pudo haberlo adivinado.

—Se equivoca —dijo, para no complicar más las cosas—. Yo nunca he querido ofender de ningún modo la memoria de Johnny.

—¡Miente!

—Pero, Marian, ¿qué le pasa?

Ella parecía al borde de un ataque de nervios. A primera vista era incomprensible su actitud.

Levantó la fusta con la cual excitaba a los caballos y la descargó pesadamente sobre el rostro de Clive.

Éste notó el impacto en plena cara. Hizo un gesto de dolor al notar que la mejilla le ardía.

—Pero Marian…

Ésta bisbiseó entonces, rapidísimamente:

—¡Pronto! ¡Bajo el coche!

Clive no entendió la razón de aquella extraña orden, pero hizo rapidísimamente lo que ella le pedía. Fue como un reflejo instantáneo. Un segundo después estaba entre las ruedas del coche.

Peter, que seguía todos sus movimientos, y que ya estaba dispuesto a disparar, comprendió que su enemigo podía escabullírsele en el último momento.

Apretó con rabia el gatillo.

La bala del rifle pareció estallar contra uno de los radios de la rueda. El silbido repercutió en la calle entera. Todos los carruajes se detuvieron, y varios hombres y mujeres que paseaban se arrojaron a

tierra.

Clive extrajo el revólver. En aquel momento, Marian gritó:

—¡Cuidado, a tu izquierda!

El pistolero que estaba en el porche había comprendido que aquél era su turno. Peter acababa de fallar. El tendría que hacer el trabajo.

Sacó su revólver y apuntó entre las ruedas. Pero no lo hizo con la suficiente rapidez.

Al menos no ganó en velocidad al endiablado Clive Barton.

Éste disparó entre las ruedas. Un botón rojo se marcó en la frente de su enemigo.

Peter, en lo alto del tejado, se dio cuenta de lo que sucedía. La exclamación que partió de sus labios fue atroz. Movió la palanca del rifle y disparó de nuevo, pero la bala fue desviada por otro radio. Pasó a media pulgada de la cara de Clive y se estrelló en el eje, donde quedó convertida en mil partículas de plomo.

Clive Barton tenía la boca seca.

En su garganta parecía flotar un espeso sabor a muerte.

Peter se alzó rabiosamente. La mitad de su cuerpo emergió por encima del tejado. Quería matar a aquella maldita, a aquella condenada mujer que con su treta, sin que ellos lo sospecharan, había salvado a Clive en el último momento.

Se echó el rifle a la cara. Y en aquel momento éste pareció salir despedido por los aires.

La bala acababa de atravesar el corazón de Peter, viniendo de abajo arriba.

Un alarido estremeció la calle. El rifle cayó antes que el hombre, el cual fue dando tumbos estruendosamente hasta desplomarse sobre el polvo, donde quedó espantosamente inmóvil.

Kendall estaba lívido.

El, que ya creía ver muerto a su enemigo, se daba cuenta de que, por el contrario, acababa de perder a dos hombres.

Por un momento tuvo la tentación de disparar él. Estaba en buena posición y Clive no le había visto. Pero era demasiado lo que se jugaba a una carta, en el caso de fallar. Resolvió no ser él quien hiciera aquel trabajo.

Con la mirada perdida, como un loco, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

Mientras tanto, Clive había salido de debajo del carruaje. Miraba a la mujer, que estaba sentada en el pescante y en estos momentos parecía dominada por una inmensa fatiga.

Ella susurró:

—Vámonos de aquí.

Clive subió al pescante de un salto y arrancaron. Detrás de ellos todo era confusión, gritos y maldiciones. Pero el *sheriff* no había aparecido todavía.

Cuando hubieron abandonado la zona del bullicio, Clive susurró:

—No he comprendido al principio lo que sucedía, Marian. Pero ahora he de darte las gracias con toda mi alma.

—No sabía cómo salvarte, Clive. Necesitaba un pretexto para detener el carruaje y hacer que te protegieses entre las ruedas. No te he avisado hasta el último momento porque el pistolero que estaba en el porche lo oía todo. Era ése el que me daba más miedo.

Ante el silencio de Clive, añadió:

—Ellos no han estado atentos a los coches que iban y venían por la calle. Sólo por sus gestos, al cruzar, he visto lo que preparaban. Entonces, a toda prisa, he procurado trazarme un plan de acción.

El joven susurró:

—Era Kendall, ¿verdad?

—Sí.

—Ese tipo no me ha perdonado ni me perdonará. Es ya demasiado lo que le estorbo.

—¿Qué pretende?

—Tú lo sabes tan bien como yo. Quiere, en primer lugar, la mina que fue de Johnny y ahora es tuya. Quiere también a Mónica.

—¿Para qué?

—Mónica también es otra mina. Puede hacerla explotar por Kramer hasta que se agote el filón, es decir, hasta que se extinga su belleza. Le proporcionará beneficios más que considerables. Y quién sabe si también te quiere a ti.

—Eso es absurdo…

Clive la miró con atención, con más atención de la que hubiese querido.

—Tú has debido ser la mujer más deseada de Carson City —dijo.

—¿Por qué?

—Eres endiabladamente bonita.

Ella desvió la cabeza.

Sus facciones se sonrojaron un momento cuando susurró:

—Hay otras mujeres más bonitas que yo.

—Eso es difícil. Y hay otra razón: tú eras la esposa de Johnny Burns. Muchos hombres te habrán deseado, pero para ellos eras la mujer más inasequible del mundo. Porque detrás de tu belleza estaba el revólver de Johnny, un revólver que no fallaba nunca. Si un tío se iba de las manos o de la lengua… ¡zas!

E hizo un expresivo gesto con la derecha, como si seccionara un cuello humano.

—Kendall debe verte ahora más asequible —añadió—. Piensa que si yo muero nadie te defenderá. Y es muy posible que quiera quedarse con la mina y con la dueña también.

—Sí, todo eso es muy posible. Pero ¿qué puedes hacer?

—Una cosa muy sencilla.

—¿Cuál?

—Matar a Kendall.

Marian se estremeció.

Las manos temblaban, sosteniendo las riendas, cuando dijo:

—No podrás. Es imposible.

—¿Johnny lo probó?

—Johnny también había pensado matar a Kendall, porque se daba cuenta del peligro que ese hombre significaba. Pero comprendió que no podía ser. Está muy bien protegido.

—Ahora ya no. Sus mejores hombres han muerto.

—Pero queda Kramer.

—Kramer y yo tenemos una bonita cuenta pendiente. Una pelea con los puños, a ver quién resiste más. Y voy a darle encantado la oportunidad que desea.

Hizo un gesto a Marian para rogarle que detuviera el carruaje.

—Estamos ante tu casa.

—¿Quieres entrar?

—Bien…

—Ya sé por qué lo haces. Quieres ver otra vez aquel dibujo. Estás obsesionado por el pedazo de espuela que encontraste.

Clive denegó con la cabeza. No quería turbar a la mujer con sus locos pensamientos.

—No —dijo suavemente.

—Mientes, Clive.

—Bien… Reconozco que aquello me inquietó. No he podido dormir en toda la noche.

—Pero lo que piensas es absurdo…

—Seguramente, Marian. Absurdo del todo. Hala, descendamos.

Al hacerlo, él ayudó a la mujer. Ésta hizo un gesto brusco sin darse cuenta.

Uno de los botones de su vestido, que le venía muy ajustado a causa de sus opulentas formas, se rompió.

Una parte de su escote apareció al descubierto. Era lo mismo que había visto Clive cuando la besó estando ella en ropa interior, pero con una importante diferencia. Entonces, en aquella habitación, la mujer estaba envuelta en penumbra. Ahora, a la luz del sol, se distinguía perfectamente su piel. Y en ésta era bien visible una cicatriz que con el tiempo llegaría a borrarse, pero que ahora penetraba entre sus senos y parecía buscar las profundidades del corazón.

El joven musitó.

—¿Qué es eso?

—Perdona…

Ella se cubrió apresuradamente, lo mejor que pudo.

—¿No quieres contestarme?

—Ya lo ves. Es una vieja cicatriz.

—No tan vieja…

—Olvídalo.

—Todo lo contrario. Tengo interés en saber quién trató de quitarte de en medio. Esa cuchillada es de las que no tienen trampas. Iba directa a matar.

Ella se mordió los labios.

Parecía profundamente turbada cuando susurró:

—Lo peor es que no lo sé.

—¿Cómo…?

—No vi a la persona que me atacaba.

—¿Dónde ocurrió eso?

—Yo iba hacia el centro de la ciudad. No sentía, ningún temor, porque entonces Johnny aún vivía. ¿Quién iba a meterse conmigo? Pasé cerca de los establecimientos que Kramer tiene entre los callejones. Había niebla y la oscuridad era casi completa. De

repente vi una sombra que saltaba hacia mí y sentí un dolor terrible. Caí al suelo y supe que iban a rematarme, que aquello era el fin. No veía más que una confusa sombra negra. De pronto un borracho surgió inopinadamente de entre los portales y empezó a lanzar gritos. La sombra negra desapareció velozmente. Aquel borracho nunca supo que me había salvado la vida.

Clive asintió pensativamente.

Una mueca de preocupación deformaba su rostro. Sus facciones habían ido quedando lívidas.

—Entonces tú pudiste haber sido una víctima… de igual forma que esas otras mujeres —susurró—. Las desdichadas que han muerto en esos callejones.

—Sí.

—¿Y no tuviste ningún indicio?

—Ninguno. Te he dicho lo que vi.

—¿Quizá Kramer…?

—No tengo la menor prueba de eso. Dios me libre de acusar a nadie. Además, Kramer no tenía nada contra mí.

—Pudo confundirte con Mónica.

—No, no es posible. Mónica es una pelirroja detonante, lo cual se nota incluso en la oscuridad. Yo soy morena.

Clive estaba asombrado. Pero con voz espesa murmuró:

—¿Lo supo Johnny?

—Claro que lo supo. Una herida así no había modo de ocultarla.

—¿Y qué dijo? ¿Cómo reaccionó?

—Ahora que lo preguntas… me sorprendió su reacción. Jamás lo he visto tan preocupado, tan absorto. Él era un hombre violento, de esos que consultan con el gatillo antes de consultar con la almohada. Pero en esa ocasión parecía desbordado. No hizo absolutamente nada: ni siquiera investigó.

—Conociendo a Johnny, eso es incomprensible.

—Yo lo he pensado a veces. Pero me he dicho que ya debía estar muy afectado por la enfermedad que lo mató. Porque al poco tiempo ya no pudo levantarse, y enseguida murió.

Clive se pasó un dedo por los labios, con gesto preocupado.

—Todo esto es… Iba a decir que es horrible, pero 78 ya no sé ni cómo calificarlo. Creo que voy a volverme loco.

—Entremos.

Le señalaba la puerta. Pero de pronto Clive tensó todos sus músculos.

Había oído algo muy normal, algo que no llamaba la atención allí. El ruido de dos caballos lanzados a galope.

Pero éstos iban a doblar la esquina. Aparecerían de pronto en el recodo lanzados hacia él.

Su gesto fue instantáneo. Movió el revólver.

Los dos jinetes aparecieron, en efecto, en la esquina, un segundo más tarde. Llevaban ya las armas preparadas.

Un instante de vacilación, una sola duda, y le hubieran atrapado como a una liebre.

Tenían todas las ventajas: la sorpresa, el tiro desde una altura un poco más elevada, y la velocidad. Además, eran dos. Clive comprendió que sólo su sexto sentido le había salvado esta vez.

Bueno, salvado no lo estaba aún…

Disparó contra el jinete que se hallaba más cerca con los dientes apretados y colocando el revólver a la altura de la cadera. El enemigo dio un salto sobre la silla, elevó bruscamente los brazos al cielo y cayó.

El otro disparó dos veces, pero estaba demasiado nervioso. Era un hombre acostumbrado a que los otros trabajaran por él.

Las balas picotearon a los pies de Clive. Éste se dejó caer de costado mientras apretaba el gatillo a su vez.

El plomo sólo rozó la silla, sin alcanzar a Kendall. La velocidad del caballo era demasiado grande para que la puntería resultara precisa. Pero a Kendall le pareció sentir la mordedura del plomo en el vientre y se dejó caer, lanzando un grito.

El caballo siguió adelante.

Los dos hombres, tumbados en el suelo, se encontraron de pronto frente a frente, a unos ocho pasos, sin que ningún obstáculo se interpusiera entre sus armas.

Kendall fue el primero en alzar el revólver. Lanzó un sordo grito de rabia.

Pero Clive había disparado ya con el codo apoyado en el suelo. La bala penetró justamente por la mandíbula de Kendall y le voló la cabeza. El magnate cayó hacia atrás y quedó quieto, desmadejado como un guiñapo. El polvo empezó a impregnarse de sangre.

Clive se puso en pie.

Aún no podía creer que estuviese vivo, tan rápido había sido todo.

Marian balbució:

—Has matado a Kendall…

—Tenía que ocurrir de todos modos. Y era justamente lo que estaba deseando hacer.

Guardó el revólver.

—Dejaremos su cadáver ahí. Que sea el propio Kramer quien lo recoja.

—Pero ¿te das cuenta de lo que acabas de hacer? Kendall era un auténtico personaje aquí. Toda la población giraba en torno suyo, porque tenía negocios canallescos y otros que no lo eran. El *sheriff* no te perdonará esto.

Clive se encogió de hombros y dijo tenazmente:

—Era algo que tenía que suceder. Además, no he hecho otra cosa que defenderme.

—Eso no te lo puede negar nadie. Yo serviré de testigo si es necesario.

Había otros testigos, sin embargo. Desde las ventanas de las casas próximas, más de un par de ojos habían visto lo ocurrido. Algunos espectadores empezaban a asomarse tímidamente a los porches.

Clive señaló la puerta del edificio donde vivía Marian.

—Entremos.

—¿De veras vas a dejar el cadáver ahí?

—Ya te lo he dicho: Que lo recoja Kramer.

Marian estaba muy asustada y muy nerviosa. Clive pensó que nunca la había visto así. La muerte de Kendall debía parecerle en aquellos momentos a la joven viuda algo terriblemente importante, algo que podía cambiar el destino de la ciudad entera.

No llegaron a atravesar el umbral. En aquel momento apareció Kramer.

Venía solo.

La noticia de la muerte de Kendall se había extendido con increíble rapidez. O quizá Kramer, que tenía sus negocios muy cerca, le había visto pasar, oyendo luego los disparos e imaginando lo ocurrido. El caso era que ahora se encontraba allí.

Sus facciones estaban demudadas.

En sus ojos brilló una llamita de odio.

—Pagarás esto, Clive Barton.

—¿Pretendes decir que me matarás? Si es esto, ya no me asusta, Kramer. Lo habéis estado intentando desde que puse los pies en Carson City.

—Pero quizá hubieses podido salvarte si no hubieras llegado a esto. Después de matar a Kendall tú ya no puedes salir vivo de aquí.

Los labios de Clive dibujaron una sonrisa cuadrada.

—¿Quién acabará conmigo? ¿Tú, Kramer?

—¿Y por qué no?

—Tenemos una cuenta pendiente —dijo Clive—. Cuando te estaba ablandando los huesos, nos interrumpieron.

Los dientes de Kramer rechinaron. Sus facciones se demudaron ante el recuerdo.

—Siempre he deseado arreglar aquello —masculló.

—Pues ahora tienes la ocasión, Kramer. Empieza por soltar tu revólver como yo suelto el mío.

—De acuerdo… Esta cuestión la resolveremos con los puños.

Clive se desciñó el cinto-canana.

Kramer hizo lo mismo, o, mejor dicho, disimuló que lo hacía.

De repente su mano derecha voló hacia el revólver. Clive tuvo el tiempo justo para arrojarse al suelo, mientras la bala aullaba en el aire.

El plomo se estrelló en la puerta de la casa de Marian. Kramer, con un rugido, se dispuso a disparar de nuevo, ahora apuntando sobre seguro y con toda calma.

De repente una bota se alzó hasta su mano derecha. Recibió el puntapié en los dedos y lanzó un gruñido. El revólver saltó por los aires:

—Traiciones no, Kramer.

La que le había golpeado era, curiosamente, una de sus chicas. Se había alzado las faldas para mover la pierna con más comodidad. Mientras Kramer se volvía hacia ella, la muchacha le miró con ojos donde brillaba una lucecita de odio.

—¡Maldita! ¡Te voy a…!

—¿Qué, Kramer?

Clive ya estaba junto a él. Movió los puños.

—¿Por qué no me pegas a mí en lugar de pegar a esa mujer,

Kramer?

—Con mucho gusto…

Disparó su puño derecho, buscando el plexo solar de Clive. Éste lo esquivó a medias.

El impacto fue lo bastante duro para hacerle vacilar. Se tambaleó un momento, y Kramer supo aprovechar bien la ocasión.

Lanzó un gancho con la izquierda.

Esta vez Clive lo recibió de lleno. Cayó hacia atrás lanzando un gruñido.

Sacudió la cabeza, sintiéndose mareado.

Los dos golpes recibidos en frío le habían afectado más de lo que pensaba. Oyó como si sonara muy lejos la carcajada de Kramer.

—¡Te desharé, Clive!

Trató de golpearle con el pie. Kramer, visto desde abajo, parecía una muralla en movimiento. Clive comprendió que si le alcanzaba en la cabeza estaba perdido.

Movió las manos a tiempo.

Sujetó la bota de Kramer antes de que ésta llegara a su destino y la retorció velozmente.

El gigante lanzó un grito.

Pareció como si una catapulta lo hubiese lanzado. Emitió un alarido y fue a tropezar contra el grupo de espectadores que limitaba por la derecha aquella especie de *ring*.

Se puso en pie dificultosamente.

—Gallito, ¿eh?

Clive no contestó. Se había puesto también en pie.

—Vamos allá, Kramer.

Uniendo la acción a la palabra, movió los dos puños a la vez.

Cazó a Kramer en la mandíbula. Ahora fue éste el que vaciló.

Trató de lanzar su puño izquierdo, perdiendo la serenidad, y dejó al descubierto su flanco. El nuevo golpe le alcanzó tras el pabellón de la oreja, haciéndole tener la sensación de que iba a quedar *groggy*.

Eso le asustó. Se lanzó a un rabioso ataque. Al ver retroceder a su enemigo creyó que iba a acorralarlo.

Pero Clive era demasiado ágil para eso. Aquel retroceso —en el que no se dejó cazar ni una sola vez— tuvo por misión lograr que su enemigo se fatigara. En efecto, todos los golpes de Kramer fueron al

aire, pero éste tuvo que hacer el mismo esfuerzo que si golpeara de verdad. Sintió de pronto que el aire empezaba a faltar en sus pulmones.

Clive volvió a atacar entonces. Golpeó con la izquierda al hígado de Kramer. Éste empezó a boquear.

Pareció como si fuera a ceder y se mantuvo en pie gracias a un poderoso esfuerzo. Pero descendió la guardia.

El jab a la mandíbula le hizo volar hacia atrás. Cayó a tierra y durante unos momentos quedó hecho un ovillo. Pero al encogerse, lo que buscaba, en realidad, era sacar el cuchillo que siempre llevaba en la bota.

Lo logró con una increíble rapidez.

Sonó un grito.

Una voz femenina insultó:

—¡Canalla!

Clive se dio cuenta de que iba a morir. Una vez lanzada la hoja de acero ya no podría esquivarla.

Se había desprendido antes de su revólver y no tenía armas. Sólo había un pesado barril lleno de agua entre su enemigo y él.

Se lanzó contra aquel obstáculo con todas sus fuerzas. El cuchillo se clavó en el barril.

Éste fue derribado por el impulso de Clive. Rodó hacia Kramer y se oyó un alarido del rufián.

El barril lo había aplastado, encaramándose sobre su pecho y cabeza.

Clive vaciló.

Ahora notaba los golpes. Toda su cabeza zumbaba.

Se dio cuenta de que casi todos los espectadores le contemplaban con admiración, porque Kramer era lo bastante odiado en la ciudad para que todo el mundo celebrase su muerte. Pero esas miradas ya no le afectaban. Se acercó pesadamente a la casa donde vivía Marian.

Ésta corrió a su lado.

—Clive…

—Tengo la sensación de que me he librado de una pesadilla —murmuró él—. La ciudad va a cambiar tras la muerte de ese rufián y sin embargo…

—… Sin embargo, ¿qué?

—No estoy contento. Tengo la sensación de que aún me falta el peor trago.

—Ese misterioso asesino…

—Sí.

Estaban ya ante la puerta. Ella abrió.

Y entonces en el interior oyeron un ronco gemido.

Los dos entraron rápidamente. En la sala vieron a Mónica, que estaba encogida en un asiento. Era ella la que acababa de gemir.

Marian se adelantó con expresión ansiosa.

—¡Mónica! ¿Qué te ocurre?

Su hermana la miró con ojos turbios.

—Nada… El corazón…

—¿Cómo otras veces?

—Creo que… más.

—Espera. Te traeré tu medicina.

—No es necesario… Me voy… sintiendo mejor.

Clive intervino:

—Espera. Te daré un poco de licor.

Vertió un poco de *brandy* en una copa y se lo dio a beber a la muchacha.

Ésta mostraba una tez muy pálida. Sus labios también parecían sin color, como exangües. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para ingerir el *brandy*.

Luego, poco a poco, pareció ir sintiéndose mejor.

Recobró un poco de color y hasta logró sonreír levemente.

—Creo que va pasando —dijo.

—No hables —aconsejó Clive—. No creo que debas esforzarte. ¿Ha comenzado eso hace mucho rato?

—Cuando he oído los tiros.

Marian estaba quieta expectante, mirándolo todo desde un ángulo de la habitación.

Clive se volvió hacia ella.

—Marian, ¿podrías dejarnos solos?

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Nada… Es que desearía hablar un momento a solas con Mónica.

Marian palideció.

—Espero que no ocurra nada especial…

—No temas. Nada absolutamente.

—Está bien. Ya me llamarás cuando hayas terminado.

Marian parecía contrariada por lo que debía considerar una falta de confianza, pero salió de la habitación.

El joven volvió los ojos hacia Mónica.

Ella le miraba con expresión inquieta, expectante.

—¿Qué ocurre, Clive?

—Quisiera hablar contigo de algo que no me he atrevido a decir a nadie.

—¿A qué te refieres?

—Debes jurarme que nada le dirás a tu hermana Marian.

—¿Tan secreto es todo esto? La verdad es que no acabo de comprenderte…

—Me entenderás enseguida. Lo que voy a decirte se relaciona con estos misteriosos crímenes.

Ella palideció más aún.

Sus labios temblaron.

—¿En qué sentido, Clive?

El extrajo el pedacito de espuela que guardaba desde aquella noche.

—¿Sabes lo que es esto? —susurró.

CAPÍTULO X

Ella miró confusamente aquel pedazo de metal. Durante unos momentos dio la sensación de que no sabía de qué le hablaban.

—Es un pedazo de espuela —dijo al fin—. Pero ¿qué sentido tiene lo que me preguntas?

Él se acercó lentamente al cuadro donde estaba representado su amigo y murmuró:

—Fíjate bien en esto.

Los ojos de Mónica se enturbiaron.

Su rostro palideció aún más, y al cabo de unos instantes sólo pudo balbucir:

—Dios mío…

—Conocías este retrato de Johnny, ¿verdad?

—Claro…

—Éstas eran las espuelas que llevaba habitualmente.

—Pues creo que sí… Es decir, estoy segura. Ésas eran sus espuelas, efectivamente.

—¿Fue enterrado con ellas?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. Yo misma velé su cadáver.

Contempló a Clive con ojos extraviados y preguntó:

—Pero ¿a qué viene eso? ¿Qué pretendes insinuar?

Clive no contestó en el primer momento.

Luego dejó el pedacito de espuela sobre la mesa y murmuró sin mirar a la muchacha:

—Tú conoces el sitio donde suelen cometerse esos misteriosos crímenes, ¿verdad? Esos crímenes en que las víctimas son siempre mujeres jóvenes y bonitas.

—Pues… claro que lo sé. Todo el mundo conoce esos siniestros callejones.

—Encontré él pedacito de espuela allí, después de que el asesino actuara. Lo peor del caso es que esta pieza resulta verdaderamente inconfundible. Ninguna otra persona podía perderla excepto…

Miró fijamente a Mónica. Ésta se llevó la mano derecha a la boca, con un gesto de horror.

—Clive —murmuró—, no puedo ni siquiera imaginar lo que estás pensando.

—Me doy cuenta de que lo que pienso es absurdo.

—¡Absurdo e imposible! —gimió ella.

Y de pronto, cerrando los puños, dijo con voz tensa, a punto de estallar en sollozos:

—¡Yo misma velé el cadáver! ¡Todos estuvimos en el entierro! ¡Pensar una cosa así es monstruoso!

Clive hizo un gesto de pesadumbre.

—No creas que no lo comprendo —dijo.

—Entonces, ¿qué explicación das a tus palabras?

—Dos explicaciones —murmuró él—. Una que, sin saberlo, enterrarais a Johnny con vida y luego él lograra salir de su tumba… pero convertido en un loco. La segunda, que no muriera y vosotras lo supieseis. Y que hicierais la comedia para que así él pudiese librarse de alguien. Nadie persigue a los muertos.

Mónica parecía literalmente aterrorizada, y sus manos arañaban espasmódicamente el terciopelo del diván en que había tomado asiento.

—El loco eres tú, Clive… Estás rematadamente loco solo por decir eso. ¿Quién iba a perseguir a Johnny Burns?

—No lo sé. ¿Hizo algo malo alguna vez?

—Él era un hombre honrado.

—Pero también era un aventurero. Y los aventureros, a veces, se ven metidos en líos, no siempre por culpa suya.

Dio unos pasos por la habitación y murmuró pensativamente, con las manos unidas a la espalda:

—Uno no se da cuenta y el lío va creciendo y creciendo hasta hacerse insoportable. Entonces hay que buscar una salida, y aunque Johnny era valiente y amaba los métodos expeditivos, quizá esta vez pensó que podría resolver el problema valiéndose de la astucia. Y esa solución, contando con vuestra complicidad, podía ser una solución perfecta.

Mónica parecía abrumada.

Con los brazos ahora caídos a lo largo del cuerpo, había hundido la cabeza sobre el pecho y parecía desmadejada y sin fuerzas.

—Pero aun suponiendo que fuera cierto lo que tú dices —murmuró—, ¿por qué iba Johnny a matar?

—Quizá por una sola circunstancia. Porque, aunque fuese una comedia, hubo de atravesar el umbral de la muerte, hubo de someterse a todas las ceremonias de que ésta va rodeada. No todas las mentes humanas serían capaces de resistir una prueba así. Puede bastar un choque como ése para que la semilla de la locura nazca. Y como ese misterioso asesino es evidentemente un loco, he pensado que…

Ella se estremeció.

—¿Qué has pensado, Clive?

El rostro del hombre cambió repentinamente. Fue hacia la muchacha y la sujetó por los hombros. Pareció no darse cuenta de que la sacudía brutalmente.

—¡Habla de una vez! —masculló—. ¡Dime lo que sepas! Todo está descubierto, ¿comprendes? La verdad de que te he hablado puede ser todo lo siniestra que quieras, pero es la verdad. Más vale que descubráis vuestro juego. A vosotras, al fin y al cabo, no va a pasaros nada.

Mónica retorció sus dedos nerviosamente. Su boca se abría y cerraba de una forma convulsa. Parecía como si estuviera a punto de sufrir un ataque de histeria.

Cuando pareció recobrar la voz, dijo solamente:

—¿Por qué no hablas de eso con mi hermana Marian?

—Porque ella es la esposa de Johnny y está unida a él mucho más que tú. Nunca querrá reconocer la verdad, mientras que tú puedes hacerlo. Te prometo que no intentaré nada contra Johnny, y que, al contrario, mi intención es ayudarle, pero… ¡por el bien de todos, habla de una condenada vez!

—Me dices que hable como si yo pudiera hacerlo. No quieres comprender que me siento tan confusa que… no sé qué explicarte.

—Simplemente, dime si sabíais que Johnny no había muerto.

—Yo no lo sabía.

—¿Y Marian?

—Tal vez sí.

—¿Llegaste a sospechar que aquello era una comedia?

—Bueno, noté detalles extraños.

—¿Pudo estar Johnny de acuerdo con Marian?

—En vista de las circunstancias no te digo que sí, pero tampoco te digo que no.

Clive apretó los labios.

—¿Había algo más, algo que te llamara la atención especialmente?

—No, excepto… Bueno, quizá una cosa.

—¿Qué?

—Últimamente, Johnny y Marian no se llevaban bien.

—Eso sí que no lo comprendo…

—Todos los matrimonios tienen sus cosas… pero quizá lo de ellos estaba llegando demasiado lejos. Yo siempre he dicho que los hombres como Johnny Burns no deberían casarse porque son unos aventureros y, a su manera, unos egoístas, incapaces de soportar a ninguna mujer. Las cosas se estaban complicando entre los dos por detalles nimios que pronto llegaron a convertirse en detalles grandes. Comprende que no he hablado de esto con nadie. Yo quizá no debiera decírtelo.

—Sí que debes decírmelo. Continúa.

—Es muy grave lo que vas a saber.

—Pero necesito saberlo.

—El intentó matarla.

Clive parpadeó.

Ante sus ojos pareció representarse de nuevo la cicatriz que había visto en el pecho de Marian.

—¿Fue él quien hizo eso? —murmuró con voz incrédula.

—Sí.

—Marian me dijo que eso lo había hecho precisamente el asesino de quien he empezado a hablarte.

Mónica cerró los ojos y apretó los puños con una especie de fría desesperación.

—Pues si ella te dijo eso, saca las conclusiones que quieras.

Clive se dirigió a la puerta con pasos lentos, cansados. Daba la sensación de que un peso insoportable oscilaba sobre sus hombros.

—En tal caso la conclusión está clara —murmuró—. Tan clara que me da miedo pensar en ella.

Y cerró lentamente la puerta a su espalda.

Un extraño y opresivo clima de pesadilla parecía rodear la casa.

Dos mujeres solas habitaban en ella, dos mujeres cuyo secreto había estado a punto de desentrañar Clive.

El silencio pesaba sobre la calle. Carson City había pasado a ser, de repente, una ciudad muerta.

Los últimos sucesos se comentaban en voz baja. Las habituales broncas, los desafíos y las muertes habían cesado por unas horas. En los saloons se hablaba, pero no se peleaba. Incluso las bailarinas habían dejado de alternar con su habitual clientela y estaban encerradas en los camerinos. Las músicas no se oían en ninguna parte.

Los establecimientos de Kramer estaban cerrados. Las chicas, libres del terror que el rufián les inspiró, habían salido de ellos. Daba la sensación de que la ciudad había cambiado en sólo una noche.

La casa donde habitaban Marian y Mónica estaba envuelta en sombras. Parecía aparte de la ciudad. Una sutil niebla la envolvía, aislándola del mundo.

No se oía ni un murmullo en torno a ella y mucho menos en el interior de sus habitaciones.

Ni siquiera esos mil ruidos furtivos e incomprensibles que siempre trae la noche: crujir de muebles, el rac-rac lento de la carcoma en las maderas, el chasquido de una ventana mal encajada, el brusco golpeteo de una ráfaga de viento.

No. El silencio era total, un silencio tan denso y espantoso que daba sensación de irrealidad.

Marian dormía pesadamente.

En aquel lecho que un día compartió con Johnny Burns, su cuerpo joven y sano reposaba de las inquietudes del día. Su silueta maravillosamente torneada se insinuaba bajo las ropas.

El rostro era más hermoso en la calma del sueño. Sin embargo, cualquiera que se hubiera fijado bien en aquellas facciones habría podido darse cuenta de que las comisuras de los labios reflejaban una mueca de sufrimiento.

Sin duda los sueños de Marian no debían ser agradables.

Dio dos vueltas sobre la cama, destapándose en parte. Una de sus hermosas piernas asomó por debajo de las ropas.

Muy cerca de su habitación, en el pasillo, sonó un chasquido.

Ella no llegó a oírlo.

Dormía pesadamente, con esa pesadez especial de los sueños que nos torturan.

El chasquido se reprodujo, ahora junto a la puerta.

Tampoco lo oyó.

Ni vio el pomo que giraba lentamente, reflejando la débil luz de la luna.

La puerta fue empujada poco a poco, muy poco a poco.

Una silueta negra apareció en el umbral.

Bastantes mujeres de las que un día vivieron en Carson City hubieran podido reconocerla, caso de estar allí. Pero en aquel momento esas mujeres no estaban en la ciudad, sino cerca de ella, en el fondo de sus tumbas.

Marian seguía durmiendo.

Bien lejos de imaginar el peligro que la acechaba, la tranquilidad de su sueño parecía llenar dulcemente la habitación. En el rostro que ahora la miraba desde el umbral se dibujó una sonrisa.

La figura avanzó lentamente.

Llegó a situarse a un paso de la cama. Entonces un largo cuchillo brotó a la luz de la luna.

También muchas mujeres hubieran podido reconocer aquél, arma, pero ninguna de ellas estaba ahora allí.

La hoja de acero se alzó lentamente.

Marian seguía dormida.

La hoja le seccionaría la yugular sin que se diera cuenta. Pasaría del sueño de una noche al sueño de toda una eternidad.

De repente la figura negra fue a descargar su golpe. Y en ese momento una mano surgió de entre las sombras, mientras en la quietud del dormitorio se oía una imprecación.

Marian despertó de repente, lanzando un gemido.

Sus ojos desorbitados vieron la increíble escena. De su garganta escapó un gemido al ver la figura negra que se debatía entre los brazos de Clive, al que intentaba asestar un golpe de su largo cuchillo. Y aquel gemido se convirtió en un grito de horror cuando

la figura fue despojada de su máscara.

Los cabellos pelirrojos de Mónica brillaron a la luz de la luna. Su rostro desencajado apareció como lo que realmente había sido siempre: como el rostro de una mujer alimentada por el odio y el rencor, cuyo único objetivo en la vida era cumplir una oscura y siniestra venganza.

Era evidente que Clive quería cazarla viva. Evitaba darle golpes, a pesar de que podía tumbarla con uno solo de ellos, como había hecho con Kramer.

Mónica estaba haciendo un esfuerzo titánico para huir. Sus dientes rechinaban, los ojos se le salían de las órbitas.

Pero de repente todo aquello cesó.

Su cuerpo quedó flácido, desmadejado, inmóvil como si súbitamente algo en su interior se hubiera roto.

Clive la depositó sobre la cama.

Con voz que era apenas audible, suplicó:

—Por favor, enciende una lámpara.

Cuando la claridad se extendió por la habitación, los dos pudieron ver que el rostro de Mónica estaba mortalmente pálido, y que sus labios habían quedado exangües. La pesadez de sus miembros era total.

—Le ha fallado el corazón —musitó el joven con un soplo de voz —. Evidentemente estaba muy enferma.

Marian quedó doblada sobre el lecho. No se dio cuenta de que sus ropas eran casi inexistentes en aquel momento. De pronto se cubrió la cara con las manos y rompió en sollozos.

—La debilidad de su corazón fue lo que hizo nacer el odio en ella —dijo Clive suavemente, con una voz dolorosa y tensa—. Odiaba a las mujeres jóvenes y bonitas que vivirían más que ella. Odiaba a las que llegarían a bailar mejor. Día a día notaba que sus fuerzas le iban fallando, que pronto ya no podría trabajar. Eso, en lugar de llenarla de resignación, o de hacerle pedir ayuda, que nadie le hubiera negado, aumentaba su odio. Odio, sobre todo, contra ti, Marian.

Ella seguía sollozando quietamente, casi en silencio. El hecho de que nada dijera confirmó al joven en lo que ya había supuesto: Marian sospechaba de su hermana, pero jamás quiso creerlo.

—Fue ella la que intentó, matarte, ¿verdad?

—He de creer… que sí.

—Te odiaba porque eras sana y fuerte. Y porque Johnny Burns te eligió a ti.

Marian tampoco contestó, pero su silencio era la más elocuente afirmación.

Sus ojos estaban anegados en llanto.

Johnny se dio cuenta del horror en que vivía poco antes de que llegara su última hora —continuó lentamente el joven—, y entonces su última voluntad fue suplicarme que viniera. El ya no tenía fuerzas para remediar aquella situación, que, por otra parte, le helaba la sangre. Mónica, poco después, mientras velaba el cadáver, le arrancó un pedazo de una de sus espuelas, que eran especiales y muy características. De ese modo, abandonando el pedazo de metal después de uno de sus crímenes, el que estuviera investigándolos llegaría a creer… ¡cualquier cosa! Incluso lo más sobrenatural le podría parecer factible. Y eso es lo que he fingido creer yo cuando he hablado con ella esta tarde. He simulado creer que Johnny Burns no estaba muerto realmente. Mónica ha pensado que orientaría mis pesquisas en otro sentido y que ahora tenía una gran ocasión para acabar contigo. Incluso me dijo en el último momento que esa herida te la había causado Johnny para que luego no me extrañara si aparecías muerta. Pero el misterio ha cesado y tú estás sana y salva, Marian. He cumplido la última voluntad de Johnny Burns.

Tomó el cadáver en sus brazos y lo depositó en uno de los divanes de la planta baja, tras sacarlo de allí.

Luego volvió a entrar.

—He cumplido la última voluntad de Johnny Burns —repitió en voz baja—. Me siento en parte satisfecho.

Marian alzó la cabeza. Sus ojos anegados en llanto le miraron. Había en ellos pena, pero también una lejana dulzura.

—¿Sólo en parte…? —musitó.

—Es que sólo en parte he cumplido su voluntad.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… —Clive notó que era embarazoso hablar de ello en aquel momento—, pues… nada.

Pero tuvo la sensación de que ella le había comprendido.

Lentamente el joven salió de la habitación.

En la silenciosa casa le pareció escuchar como una lejana

música. Le pareció como si el tiempo pasado volviera a él… Y como si otra vez tuviera delante a Johnny Burns, el que fue su «mejor enemigo». Como si pudiera verle en aquel ambiente donde Johnny vivió.

—Sé que querías ver protegida a tu esposa —murmuró, igual que si lo tuviera delante—, porque tú habías comprendido hace mucho tiempo que una mujer joven y bonita no puede exponerse a estar sola. Tu último modo de demostrarle cariño era buscar quien pudiese ayudarla en el camino de la vida. Pero yo la protegeré sin pedir nada a cambio, muchacho, yo…

De pronto apretó los puños.

Diablo, eso no era la última voluntad de Johnny Burns. Johnny quería que se casase con ella.

Ahora lo entendía bien.

Era la dulce venganza de Johnny.

Ya que no había podido acabar con él con el revólver en la mano, lo liquidaría de un modo indirecto.

Seguro que ningún hombre duraba ni dos años junto a la sensacional Marian.

Clive se encogió de hombros.

—Resignación —suspiró—. Te saliste con la tuya, chico.

Y volvió al dormitorio para decirle a Marian que aquello de casarse se lo había tomado en serio. Y que la protegería. Y que lucharía por ella como Johnny quiso.

Mientras pudiera tenerse en pie.

FIN

¡Lo más insólito y apasionante del **western** de ayer, de hoy y de siempre!

COLECCION

HEROES DE LA PRADERA



Jamás se escribió tan crudamente la historia del salvaje oeste como en todas y cada una de estas novelas... en las que se alternan dos autores mundialmente famosos del género:

KEITH LUGER
SILVER KANE

¡RESERVE CON TIEMPO SU EJEMPLAR!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.